héroes del ESPACIO

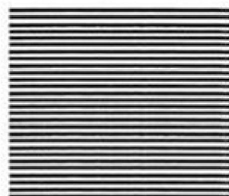
NOVELAS ECSA

COSMODEA

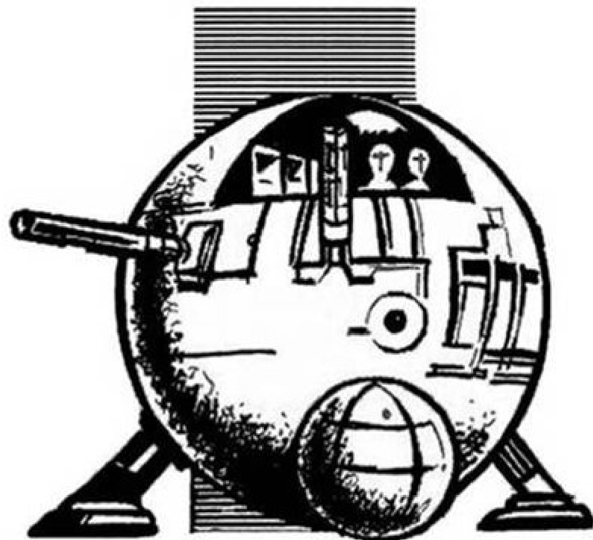
ELLIOT DOOLEY

SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

76 - *Alerta roja* - Eludt Dooley.
77 - *Trampa espacial* - Eric Sorenssen.
78 - *Amenaza a la Tierra* - A. Thorkent.
79 - *Mañana es hoy* - Lucky Many.
80 - *Satélites asesinos* - Law Space.

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ELLIOT DOOLEY

COSMODEA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 81
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B 28 340-1981
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Tus padres tenían toda la razón del mundo cuando pensaban y decían que estabas marcado por un destino adverso y que, si no cambiabas, fracasarías en la vida.

Ellos te ayudaron en la medida de sus posibilidades y te facilitaron —igual que a tu hermano Higor— el ingreso en la Akademos donde se forjaban los maridos del Ejército Imperial de Kosmon. Después tuviste la suerte — ¿lo fue?— de que estallara la rebelión de los expertos y de que tú formases parte de la segunda expedición de castigo que consiguió aniquilarlos.

Por méritos en la campaña contra los Expertos fuiste ascendido a teniente y luego, cuando te enviaron al planeta Rution-3, alcanzaste el grado de capitán por haber capturado vivo al cabecilla rebelde.

Habías conseguido unos triunfos que consideraste importantes y ascendido con más facilidad que tu hermano Higor, el cual, aún siendo mayor que tú, seguía con el grado de teniente.

En menos de siete años pasaste de simple cadete de Akademos a capitán de la Guardia Imperial y entraste a formar parte de las tropas de élite que guarnecían el Palacio de Kosmon.

Todo eso te hizo olvidar lo que tus padres y tu propio hermano pensaban sobre ti.

Creíste de buena fe que eras un triunfador cuando, en realidad, eras eso que se llama un perdedor nato.

Te equivocaste de medio a medio y el tiempo se encargaría de darles la razón a ellos.

Pero la verdad es que la culpa no fue toda tuya.

¿Puede culparse acaso a alguien por haber soñado con alcanzar las estrellas lejanas?

No, Giorg. La culpa no fue toda tuya.

Tú sólo la habías visto una vez, mientras estaba sentada en el trono imperial y te correspondía el alto honor de darle escolta. La viste una vez, nada más, pero fue más que suficiente para que te enamoraras de ella.

Como un cadete, cuando ya eras capitán.

Igual que un loco, aunque te pretendías más cuerdo e inteligente que todos los demás oficiales de la Guardia.

Ella te impresionó tanto cuando la viste en su trono, que ya no pudiste pensar en ninguna otra mujer.

Era lógico que te ocurriera eso, porque ella no era una mujer como las demás.

Era completamente distinta.

Ella era Cosmodea, sí. La diosa del Cosmos.

Y tú, neófito capitán de la Guardia, recién ascendido por méritos de guerra, no habías tenido una idea mejor que la de enamorarte de la Emperatriz de Kosmon, la inalcanzable Cosmodea.

¿En qué pensabas, Giorg, al poner tus ojos en ella? ¿Es que no te dabas cuenta de cuál era la realidad? ¿Cómo podía ocurrírsete fijar tus miradas en la mujer que, desde antes de su nacimiento, estaba destinada ya a gobernar el Cosmos?

¿Creías de verdad que tenías alguna posibilidad de que ella llegase a compartir tus sentimientos?

De haber estado en tus cabales, hubieses asimilado lo que era incuestionable.

No tenías ninguna posibilidad.

Ninguna, Giorg.

Ni la más remota.

Cosmodea era para ti un auténtico imposible.

Ella era sólo un sueño, una ilusión.

Y sin embargo...

En tu calidad de capitán de la Guardia Imperial, al ser designado jefe circunstancial de su escolta, pudiste estar muy cerca de Cosmodea. Tenías que mantenerte alerta y vigilante, y eso fue lo que hiciste porque desde el primer momento no apartaste los ojos de ella. Podías verla y admirarla, contemplarla y también desear la. Pero nada más. De ahí no podías pasar.

Cosmodea estaba a años luz de distancia de ti, aunque se hallara a pocos pasos.

Os separaba un abismo insondable. El que media entre una emperatriz y un simple capitán.

Aquella vez el servicio te pareció más corto que nunca. Lamentaste que terminase y, cuando hubo finalizado, al ser relevado de tu puesto, saliste de Palacio igual que un sonámbulo, con movimientos de autómata, como un vulgar robot.

Una vez en la acera rodante te sentiste desesperado al calibrar tu impotencia.

Y, como ya es bien sabido, no hay peor consejera del hombre que la desesperación.

En aquel momento, no se te ocurrió otra cosa mejor que buscar consuelo en el turbio concentrado de algas pardas y fuiste en su búsqueda al peor de todos los antros que han proliferado en los aledaños del Cosmodromo, al sitio en donde todo puede comprarse y venderse y que es el lugar frecuentado por los más degenerados de los khilios.

Allí te embruteciste hasta casi perder el poco conocimiento que te quedaba. Bebiste hasta la embriaguez aquella espesa pócima y, no contento con esto, recurriste al embrutecimiento que podían proporcionarte las píldoras de Aliens.

Así fue como ebrio y drogado soñaste con ella, con la inalcanzable Cosmodea.

Bajo los efectos de la droga, te hiciste la ilusión de que estabas a su lado, más cerca que nunca...

Tú no sabías cuándo volverías a ver a Cosmodea. Un simple capitán de la Guardia ignora esos detalles del servicio. Va allá donde le mandan y nada más. La rígida disciplina a que estáis sometidos los oficiales de élite tienen esas exigencias. Y tú, mal que te pesara, no eras más que eso: un simple capitán.

Fue entonces cuando se acercó a ti el dueño de aquel tugurio, un khilio deforme y malcarado, de labios leporinos y manos sudorosas. Tenía ojuelos de rata y hablaba de un modo estridente, como si las palabras chirriasen al salir de su boca.

—Te veo muy triste, capitán, y eso es porque estás solo. Yo puedo proporcionarte compañía. Discreta y amable. Tan cariñosa como la necesites.

Le miraste sorprendido, como saliendo de un sueño.

—¿Te refieres a una mujer?

—Te ofrezco lo que tú desees, capitán.

Aquella obsequiosidad del repelente khilio te pareció abyecta y escupiste al suelo con desprecio.

¿Cómo podía un monstruo así proporcionarte la compañía de la mujer que tú soñabas, la única que podías desear?

Quisiste echar al khilio con cajas destempladas, pero él insistió tenaz.

—Dime cómo es ella, capitán, y te aseguro que te la traeré y ella te proporcionará la ilusión de que tu sueño se hace realidad. Confíate a Zorgo.

—¡Eso es imposible!

—Nada es imposible para Zorgo, capitán. ¡Nada!

—Tú desvarías.

—Te juro por todos los dioses del Cosmos que te estoy diciendo la verdad.

El khilio se frotó las gordezuelas manos, que parecían rebosar sudor por todos sus poros, y añadió:

—Ponme a prueba, capitán. Verás que Zorgo cum pie siempre lo que promete. Descríbemela y juzga después.

Te dejaste arrastrar por la ilusión de aquella perspectiva que te ofrecía Zorgo y hablaste.

Hablaste, sí, pero fue bajo la influencia de otra píldora de Aliens que él te suministró sin que ni tú mismo te dieras cuenta de que lo hacía.

—Ella es maravillosa, la más bella de todas las mujeres. Tiene la piel blanca y sedosa. Sus cabellos son dorados como el fulgor de los soles. Y sus ojos... ¡Ah, sus ojos! Son verdes y enigmáticos, de mirar profundo.

Saltaba a la vista que estabas enamorado. Sólo un hombre bajo el influjo de ese sentimiento puede hablar de tal modo. Pero también dabas cabida en tu pecho a la pasión y al deseo, porque al describir su cuerpo, el de Cosmodea, tus palabras fueron claras y relevantes;

—Su silueta es grácil y flexible. Los senos tienen que ser firmes y turgentes, y las caderas como una locura hecha carne. Toda ella es seducción, fuego...

Zorgo se dio cuenta de tu estado de ánimo y te dejó solo mientras tú seguías hablando.

Cuando volvió el khilio, ni siquiera te habías dado cuenta de su marcha. Pero sí viste a la mujer que entonces le acompañaba. Te frotaste los ojos como si no dieras crédito a lo que contemplaban tus ojos.

Allí mismo, en aquel antro pestilente, en aquel tugurio, desnuda y ofreciéndose a ti, estaba Cosmodea.

Cosmodea... ¡El sueño hecho realidad!

Extendiste los brazos y tus manos se abrieron codiciosas, ávidas por acariciar los tesoros y encantos de aquel maravilloso cuerpo de mujer.

El cuerpo de Cosmodea.

Viste cómo ella, la diosa del Cosmos, te sonreía y se acercaba lentamente.

A partir de ese momento, un vértigo extraño se apoderó de ti. Podría decirse que te enloqueció tu buena fortuna. Serían los efectos del concentrado de algas pardas o de las píldoras de Aliens. Tal vez te hipnotizó el miserable Zorgo. Pero, fuera lo que fuese, lo cierto es que estrechaste entre tus brazos a una mujer desnuda que creíste que era la propia Cosmodea.

Quizás en tu inconsciente latía una certeza. La de que aquello no podía ser verdad porque en todo el universo era imposible que existiera una mujer que se asemejara a Cosmodea. Ninguna podía parecérsele.

Ninguna.

Y aquella ramera khilia menos aun que nadie.

Pero tú, Giorg, la aceptaste.

Y fue así porque, al subirte sobre el cuerpo de la mujer al penetrarla, imaginabas que la poseías a ella.

A Cosmodea, la inalcanzable.

Después, cuando cesaron los efectos de la droga, pondo se te pasó la embriaguez de las algas pardas, tú mismo te desesperaste al comprender cuán bajo habías caído.

Y entonces, al regresar a tu cuartel, fue cuando te enteraste de que Thriakai había derrocado a Cosmodea, usurpado el trono y el poder, y se había convertido en el dueño de Kosmon.

CAPITULO II

Nunca tuviste la oportunidad de conocer personalmente a Thriakai. Siendo teniente y después ya como capitán, habías recibido órdenes suyas, pero siempre a través de tus superiores o de mensajeros del Adalid. A él sólo le habías visto en pantalla o en las láminas plastificadas de los noticiarios.

De su estatura y volumen sabías tan sólo que era alto y delgado, casi esquelético. Las referencias que tenías acerca de él las habías obtenido por comparación con aquellos personajes conocidos que veías junto a él.

Sin embargo, había algo que identificaba inmediatamente al Adalid Thriakai, estuviera donde estuviese y aunque le rodeara un gran número de personajes relevantes.

Sus ojos eran de poseso.

Thriakai era un fanático, un auténtico iluminado.

Desde hace milenios, los tipos como él han sido considerados —muy justamente por cieno— como peligrosos para el desarrollo y la supervivencia de la Humanidad. Son los que más daño han hecho y los que, como se les deje, acabarán por aniquilar todas las razas que habitan en el Cosmos.

En ese sentido, Thriakai no era ninguna excepción.

De él se decían muchas cosas, en voz baja, claro, está, porque nadie se atrevía a murmurar y referirse a su persona sin cerciorarse antes de que los Orejas no podían oír y denunciar.

Y si eso ocurría antes incluso de que usurpara el poder, de que ocupara el trono de Cosmodea, ¿qué sucedería luego de haber derrocado a la diosa del Cosmos?

Inmediatamente pensaste en esto y te echaste a temblar. No por ti, ni tampoco porque te preocuparan los demás, sino que temiste

por la seguridad y la integridad física de Cosmodea, por lo que a ella le pudiera suceder al estar a merced de Thriakai, por lo que éste fuera capaz de hacerle.

De un fanático y ambicioso como Thriakai cabe esperar lo peor; en él todo es posible.

¡Todo!

El convencimiento de esto te llevó a una conclusión.

Era preciso hacer algo.

Tú tenías que hacerlo, sí, ¿pero qué?

Después de darle muchas vueltas al asunto, decidiste que lo primero era situar al personaje, identificarle sin que luego pudiera haber lugar a dudas. Para ello te las arreglaste de forma que pudieras ver unos noticiarios atrasados.

Las imágenes se sucedieron ante tus ojos y, desde el primer momento, encontraste repelente a Thriakai.

El Adalid tenía el rostro apergaminado y se mostraba siempre hierático, inexpresivo, como si fuera incapaz de traslucir la menor emoción humana. Era igual que una esfinge en la que sólo destacaran sus ojos como elementos vivos.

Los ojos. Unos ojos de obseso.

La mirada de Thriakai sí resultaba impresionante, pero no, no porque fuese atractiva, sino precisamente por todo lo contrario. Hacía que quien le mirase no pudiera apartar los ojos de los suyos, como si aquéllos fuesen metálicos y éstos estuviesen imantados, galvanizados.

Eran ojos de mirar hipnótico, paralizantes, como los de una serpiente que observa a una presa y se deleita sabiéndola a su entera merced, sin escapatoria posible.

Te concentraste en aquellas imágenes y sentiste que un extraño frío te recorría la espalda.

Thriakai era la serpiente y Cosmodea la víctima propiciatoria... si tú no lo impedías.

Esta idea te hizo tener miedo. Más miedo que nunca. Por ella, por Cosmodea.

Repasaste concienzudamente los noticiarios para captar todos los detalles que concernían al Adalid. Le veías abrir los ojos de poseso, igual que un loco, de par en par, como si quisiera atemorizar a cuantos le estuviesen mirando, oyendo.

Aquel cuerpo esquelético se acrecentaba ante la gente y parecía hacerse gigantesco. Su voz subía de tono y hería los tímpanos impresionando los cerebros de los oyentes, sometiéndolos, subyugándolos, esclavizándolos.

Y a eso había que añadir aquella mirada suya tan característica, a través de la cual parecía estar dictando más órdenes que por medio de las palabras.

Era como si gritara con los ojos:

—Obedece y no rechistes… Acata mis órdenes o morirás. ¡Obedece sin discutir! ¡Obedece siempre!

Lo que él pretendía estaba claro: imponer su tiranía.

Y, por lo que acababas de saber, Thriakai había dado ya el primer paso.

El abalid había derrocado y encarcelado a Cosmodea. Él era el nuevo señor de Kosmon.

Cortaste las proyecciones con gesto abatido. No querías dejarte influenciar por el usurpador, pero te dabas perfecta cuenta de que todas las ventajas estaban de su parte.

¿Qué eras tú? —te decías—. Un simple capitán. ¿Y qué era él…? El tirano. El indiscutible triunfador. El Invencible.

¿Y qué podías hacer tú contra aquel que se había convertido en el hombre más poderoso del Cosmos? ¿Cómo ibas a hacerle frente a quien lo tenía todo?

Aquellas preguntas, que te formulabas angustiado, tenían una respuesta clara.

Tú no podías hacer nada, Giorg.

No tenías la menor posibilidad de lograr nada, ni para Cosmodea ni para ti.

Como muy bien habían dicho tus padres, Giorg. Tú eras desde siempre un perdedor nato.

Y ahora lo eras mucho más que nunca.

Luego de que Cosmodea había sido derrocada y encarcelada, no se te ocurría nada mejor que pensar en rescatarla, salvarla de las garras del tirano, disputársela a éste…

¡Eso era terrible, absurdo!

¡Ridículo!

Pero que fuera absurdo o ridículo a ti no te importaba Porque, para tu mal te habías enamorado de Cosmodea, y, por imposible

que ella pudiera ser para un simple capitán de Guardia, soñabas con ella, acariciabas la idea de liberarla y de obtener, a cambio la merced de una sonrisa...

¿O pensabas en algo más?

Sí, lo pensabas porque te estabas convenciendo a ti mismo de que ibas a ser el paladín de Cosmodea. Por ella te convertirías en héroe.

* * *

Los héroes han dejado sus leyendas en los anales de los distintos mundos. Aquéllas no se agotan con los gestos relevantes o grandiosos que les hacen revelarse ante los demás. Estos no son otra cosa que el inicio de la aventura, de la epopeya, el comienzo de la misión.

Y tú, Giorg, te convenciste a ti mismo de que eras un predestinado, de que los dioses te habían elegido entre todos los oficiales de la élite de Kosmon, de que estabas en el camino y en el punto preciso para convertirte en el salvador de Cosmodea.

¡Tú tenías que ser el héroe, Giorg!

Todo cambió para ti después de aquella madrugada en que regresaste a tu cuartel embriagado por los mejunjes de algas pardas, drogado por las píldoras de Aliens, y borracho de besos y caricias que en tu insania atribuías a Cosmodea cuando procedían del cuerpo de una vulgar ramera khilia.

Llegaste al cuartel en el momento preciso y te hallabas en el estado de ánimo más propicio para asumir tu locura.

Y eso fue lo que hiciste, Giorg: enloquecer.

* * *

La verdad era que estabas abandonado a ti mismo y que habías de enfrentarte al tirano sin más armas que tu coraje, tu voluntad y tu pasión por Cosmodea.

Entonces, sumergiéndote en la locura, concebiste aquel plan que, según tus cálculos, había de devolverle a ella la libertad y el trono, con lo que tú, iluso capitán Giorg, serías reconocido como el héroe ¡Su héroe!

Y ya no te importó pensar en las terribles pruebas que tendrías que afrontar.

Ni te arredró el desafío.

Todo lo soportarías por Cosmodea, porque tú estabas decidido ya a ser su héroe.

Y entonces, sin más vacilación, te pusiste en campaña.

CAPITULO III

Cualquiera hubiese creído que la Guerra contra los Expertos había terminado hacía dos siglos. Sin embargo, no habían transcurrido más que dos años. Y tú, Giorg, sabías bien que no todos ellos habían muerto. Aunque el Adalid lo exigió así la aniquilación no fue total. Escaparon algunos a la masacre y tú, precisamente, tuviste buena prueba de ello cuando ocupaste Rution-3.

Fue en Rution-3 donde ganaste el ascenso a capitán al capturar con vida al cabecilla de los Expertos.

No sabías lo que el Adalid hizo con su prisionero, pero tampoco era preciso ser un adivino para saber cuál fue su suerte.

Boiat fue ejecutado limpiamente, sin espectacularidad, para que su muerte no le convirtiese en mártir de una causa de los Expertos, que podían utilizar su nombre como bandera de combate, como aglutinante de su continua y reiterada rebeldía.

Sin embargo, a pesar de lo que planeó Thriakai, a ti te constaba que la idea no había muerto con Boiat. Acosados y perseguidos, igual que perros rabiosos, los sobrevivientes continuaban luchando contra el Adalid.

Y gritaban —cuando podían hacerlo— que lo de su jefe fue un asesinato, no una ejecución.

En más de una ocasión, tú te enteraste de que algún Experto había sido cazado, pero entonces, reciente aún tu ascenso, no le diste mayor importancia. Pasabas de aquello igual que de otras muchas más cosas. Pero es que entonces aún no conocías a Cosmodea. No habías estado cerca de ella. Ni te habías enamorado.

Ahora todo eso era distinto.

La situación había cambiado de un modo radical.

Necesitabas a los Expertos igual que ellos podían necesitarte a ti. Entre tú, capitán de la Guardia Imperial de Kosmon, y los rebeldes Expertos existía un lazo, un nexo que os unía, unos intereses comunes.

Asilo comprendiste y por eso dijiste:

—Los enemigos de mi enemigo son mis amigos.

Y, como estabas convencido de estar en lo cierto, decidiste buscar a los seguidores de Boiat.

Sin embargo, tú eras el menos indicado para hacerlo.

Ningún sobreviviente de la guerra, ningún fugitivo de Rution-3 podía ignorar que fuiste tú, Giorg, quien apresó a su jefe. Igual que el nombre de su caudillo pasó como el de un mártir a la leyenda, el tuyo fue maldito igual que el de Thriakai, el Adalid.

Tú capturaste y entregaste a Boiat y, gracias a eso, el Adalid pudo ejecutarlo.

Estaba claro que ellos debían odiarte tanto como a Thriakai, pero eso no te arredró. Por encima de tu seguridad personal, de tu propia vida, estaba la necesidad de salvar a Cosmodea. Y ella era ahora, a su vez, una víctima del usurpador.

Por eso, porque Cosmodea te necesitaba, porque es tabas seguro de que sólo podía esperar ayuda de ti, no vacilaste en ir en busca de los Expertos sobrevivientes al encuentro de los seguidores de Boiat, quienes, luego de conocer detalles y pormenores de cuál fue su horrible fin, debían haber jurado tu muerte.

Ahora se abría ante ti un enigma.

¿Cómo llegar a unos hombres que luchaban en la clandestinidad y que, lógicamente, debían extremar la precauciones para no ser apresados, torturados, muertos?

Estaba muy claro que aquélla no iba a ser una tarea fácil y que, apurando más aún las cosas, sería tremendamente peligrosa para ti. Pero esto último no podía hacerte retroceder.

Tú ya estabas lanzado, Giorg. Ibas a ser un héroe y los elegidos de los dioses, los héroes no retroceden ante las dificultades, los peligros o la adversidad.

No retroceden aunque les vaya la vida en ello.

Entonces recordaste el antro de Zorgo, los abyectos ofrecimientos de éste, sus torpes obsequiosidades, pero también su efectividad. Y, sin pararte a pensarlo dos veces, volviste allá.



Cuando entraste en el tugurio de Zorgo, exteriorizabas un falso buen humor. Habíase dicho que eras un oficial con el bolso atiborrado de créditos y que te ardían las manos, de ganas de despilfarrarlos. Esa era la impresión que deseabas causar y hay que reconocer que lo lograste a la perfección.

Zorgo dobló el espinazo ante ti mientras te ofrecía todos los placeres que pudieses imaginar o desear.

—¿Te satisfizo la khilia que tuviste anoche, noble! capitán...? Volveré a traértela.

—No tendré bastante —dijiste mientras te acomodabas en el colchón flotante—. Quiero divertirme por todo lo alto. Necesito más khilias. Tres, cuatro, o más. Y no te preocupes por los créditos. Me sobran,

Aquéllas eran palabras mágicas para el codicioso Zorgo. Dio unas palmadas y enseguida te sirvieron un zumo de cactos, picante y espeso, que paladeaste como si se tratase de puro néctar.

Zorgo regresó al poco acompañado por la khilia de la noche anterior y otras dos, tan provocativas o lascivas como aquélla.

—Obedeced al capitán —les dijo señalándote—. Es un buen cliente y sus deseos son órdenes para mí. Extremad las atenciones con él si queréis que Zorgo esté contento de vosotras. No me gustaría que después viniera a quejárseme de que no le atendisteis como se merece un oficial de su rango. Si recibiera una sola protesta, os aseguro que la culpable tendría mil motivos para arrepentirse. ¡Lo juro por todos los dioses del Cosmos!

Después de formular aquellas recomendaciones, veladas por sus amenazas, Zorgo salió del recinto privado que acababa de alquilarte, dejándote en él con las tres khilias.

Las dos nuevas te miraban indecisas, esperando que hicieras algún gesto o les indicaras lo que deseabas, lo que esperabas de ellas.

Aleka, la khilia que estuvo contigo la noche anterior, se apresuró a rodearte con sus brazos y devorándote casi a besos, comenzó a despojarte del uniforme, susurrándote al oído:

—Ponte cómodo, capitán. Anoche gozaste conmigo pero hoy te haré mucho más feliz.

No había nada que oponer a las proposiciones de aquella khilia

y dejaste que continuase desnudándote, pero te volviste a mirar a las otras dos preguntándoles cómo se llamaban.

—Bartia, mi señor —respondió la que parecía mayor, una khilia de piel caoba y cabellos negrísimos, que se arrodilló ante ti para besarte entre las piernas.

Sin oponerte a las electrizantes caricias que te prodigaba la llamada Bartia, miraste a la tercera de las khilias, la cual, aun siendo la más joven de ellas, tenía el rostro marcado ya por los estigmas de todas las depravaciones.

—Mi nombre es Olbiara —dijo ella y avanzó hacia ti, contoneándose lasciva, acariciándose los senos y provocando en estos unas oscilaciones que aumentaron tu excitación al máximo. Extendiste los brazos hacia Olbiara, impulsado por un presentimiento, y luego de absorber su aliento, empujaste a un lado a su compañera Bartia para que la más joven ocupara su puesto.

Las oleadas de placer te invadieron a ritmos de vértigo. A grito pelado reclamaste más y más bebida, sin importarte si los siervos de Zorgo te traían zumos de cactos o vasos rebosantes de concentrados de algas pardas. También te hiciste llevar cantidad de píldoras de Aliens fingiendo que anhelabas combinar toda clase de sensaciones y de placeres a fin de alcanzar la máxima excitación.

Sin embargo, tuviste buen cuidado de probar apenas los bebedizos y no cataste ni una sola de las píldoras, procurando en cambio que las khilias se emborracharan y dopasen.

Necesitabas tenerlas por completo a tu merced si querías conseguir algo de ellas.

Estabas convencido de que alguna podría ponerte sobre la pista de algún Experto. Y, para eso, era preciso hacer que la que fuera se confiara y hablase, o se dejara sobornar.

Fingiéndote embriagado, dejaste escapar ofrecimientos e insinuaciones, mostraste créditos para despertar su codicia y, al fin, lograste que Olbiara cayera en la trampa que tan hábilmente le habías tendido.

En cuanto te diste cuenta de que ella era la mujer que necesitabas, echaste a las otras del recinto privado y, una vez a solas, la trabajaste para que hablase.

* * *

Embrutecida por la bebida y las pastillas de Aliens, el rostro de

Olbiara se te aparecía como de una belleza desgarrante y repulsiva. Habías conseguido que, poco a poco, fuera deslizándose por la abyecta senda de la embriaguez y el *dopping* hasta perder por completo el control de sí misma.

Hiciste de ella una piltrafa totalmente manejable.

Y habló.

Dijo lo que tú querías saber.

No necesitabas más y, obsequiándola con un buen puñado de créditos, abandonaste el recinto reservado con intención de dejar aquel antro lo antes posible.

Tu inesperada aparición en la sala general sorprendió a Zorgo que, al verte, corrió presuroso a tu encuentro.

—¿Hay algo que te haya molestado, mi señor? ¿No te ha complacido la pequeña Olbiara?

Contuviste una mueca de malhumor por la intempestiva obsequiosidad del tratante.

—Queda tranquilo Zorgo. Todo ha estado muy bien. Olbiara me ha dejado satisfecho.

—Pero te marchas ya... y es muy pronto.

Hiciste un esfuerzo sobre ti mismo. Era preciso disipar los temores de aquel entrometido y evitar que siguiera preguntando. Echaste, pues, mano al bolso y le diste un puñado de créditos mientras le decías:

—Olvidas que los oficiales tenemos misiones que cumplir y no podemos faltar al servicio. Y más ahora que el Adalid se ha hecho cargo del poder supremo.

Aquella referencia a Thriakai bastó para que el khilio se diera por satisfecho y doblara el espinazo ante ti, o quizás influyeran en su decisión los créditos que acababas de darle. Pero, por otra parte, atrajo hacia ti la atención de dos hombres que estaban en un rincón del tugurio, bebiendo el concentrado de algas pardas.

—¿Puedo confiar en que volverás a honrar con tu visita la casa de Zorgo? —preguntó el khilio mientras te acompañaba a la puerta de su cubil.

—Claro que volveré —dijiste sonriéndole—. Puedes estar seguro de ello.

Después de tranquilizar a Zorgo, saliste al exterior sin mirar atrás. Por eso no captaste la mirada de inteligencia que

intercambiaron los dos hombres que estuvieron escuchando tu conversación con el tratante. Y tampoco viste que uno de ellos se deslizaba sigiloso al reservado donde estuvieras poco antes con Olbiara, en tanto que el otro, extremando el sigilo, salía a pos de ti, siguiéndote los pasos y convirtiéndose en tu sombra.

Tú habías ido al antro de Zorgo en busca de un indicio o de una pista que te permitiera localizar a alguno de los supervivientes de los Extraños.

Olbiara te había servido y, al sonsacarla, sabías ya a donde encaminar tus pasos.

Lo que no podías imaginar siquiera era que tu presencia no hubiese pasado desapercibida y que los Extraños sabían ya que ibas tras ellos.

Y a Zorgo le habías dicho que estabas en misión.

Ellos te habían oído, Giorg. Estaban, pues, al corriente de que los estabas buscando.

Lo que los Extraños ignoraban eran tus motivos. Pero, de momento, estaban al acecho.

Ibas en su busca y no sabías que los tenías detrás de ti.

Lo grave era que, desde tu ascenso por la captura de Boiat, los Extraños te habían sentenciado.

Como a Thriakai.

Los dos estabais condenados a morir.

La diferencia estaba en que el usurpador estaba encerrado en su fortaleza y le protegía la Guardia Imperial, en tanto que tú, completamente solo, ibas al encuentro de los Extraños y éstos, por su parte, estaban detrás de ti.

CAPITULO IV

Al llegar a una veintena de metros del Cosmodromo, te detuviste para mirar en torno tuyo.

No había nadie a la vista y sin embargo tenías la extraña sensación de no estar solo, de que alguien te estaba vigilando.

Estabas en lo cierto.

Pero el Extraño que te seguía conocía bien su oficio y no dejó que le descubrieses. El hombre se salió de la acera rodante para aplastarse contra la valla lateral de separación. Desde allí, a cubierto de tus miradas, siguió observándote sin dejarse ver.

Por unos instantes permaneciste inmóvil, escrutando los aledaños del Cosmodromo.

No viste a nadie y acabaste encogiéndote de hombros, diciendo para tus adentros:

«Los dedos se me hacen huéspedes y veo espías donde no los hay. Será cuestión de que me tranquilice o acabaré haciendo una tontería y descubriéndome.»

En ese instante, viste aparecer a una de las muchas patrullas que ahora estaban recorriendo la capital. Instintivamente diste un paso atrás. Era la sensación de culpabilidad que te dominaba. Luego caíste en la cuenta de que vestías el uniforme de la Guardia Imperial y que ostentabas el grado de capitán. Forzaste una sonrisa y con aire decidido marchaste a su encuentro,

—¿Alguna novedad en este sector?

El suboficial que mandaba la patrulla saludó cuadrándose.

—No, mi capitán. Todo está en orden.

—¿Se ha detectado la presencia de algún Extraño?

El suboficial volvió a responder negativamente.

—Está bien —dijiste—. Continúen.

Los de la patrulla saludaron con rigidez en tanto tú lo hacías con displicencia. Les viste ponerse en marcha nuevamente y alejarse para continuar patrullando la zona. Sonreías mientras seguías allí, inmóvil. Luego, cuando dejaste de verles, diste media vuelta y, a largas zancadas, fuera ya de la acera rodante, encaminaste tus pasos al sector oeste del Cosmodromo, en donde proliferaban los bidonvilles.

Gracias a lo que te dijera Olbiara, sabías que allí, en uno de aquellos míseros reductos, estaba el más importante de los refugios de los Extraños.

Pero tu sombra, sin que la apercibieras, continuó detrás de ti, Giorg. Siempre detrás y sin perderte de vista.

* * *

Una ligera neblina se alzaba por encima de aquel amasijo de construcciones deformes y pésimamente ensambladas. Aquello era como la pesadilla de un arquitecto funcional. Sin embargo, allí vivían las gentes que no tenían cabida en la suntuosidad polícroma y esterilizada de la capital.

Avanzabas despacio, con precaución, porque tenías la certeza de que ibas de cabeza al peligro.

Quizás a la muerte.

La luz de las dos lunas se deslizaba por encima de los tejados metálicos y rielaba en ellos como en la superficie de un lago. A ti te parecía que deambulabas por un necrocomio y tenías la impresión de que las cosas adquirían formas fantasmagóricas, metalizadas, igual que robots traslúcidos.

La sensación de inseguridad iba *in crescendo*.

De repente, cuando menos lo esperabas, un silbido ominoso hirió tus oídos, alarmándote.

Impulsivamente, empujado por el instinto de conservación, brincaste a un lado y te arrojaste de cabeza a un montón de escombros que te pareció que te ofrecían suficiente protección.

Quieto, conteniendo el aliento, mirabas en torno tuyo tratando de localizar al presunto enemigo.

Sabías que no podía tratarse de una patrulla de Thriakai. Para las tropas, tú continuabas siendo un capitán de la Guardia, un oficial leal al usurpador. Aún no te habías manifestado en contra del tirano y, por ese lado, no tenías nada que temer.

Por lo tanto, el peligro tenía que estar en los Extraños. Y eso ya era de esperar puesto que, conscientemente, te habías metido en su terreno.

Deben haberme descubierto —pensaste, sin sospechar que te habían estado siguiendo desde que saliste del antro de Zorgo.

Continuaste agazapado, entre los escombros, con todos tus sentidos alerta, vigilante.

Una claridad indecisa, calcárea, se filtraba entre las hacinadas construcciones de deshechos, pero no alcanzaba a iluminar la zona lo suficiente para que te encontrasen los que te andaban buscando sañudos y enconados.

Una sonrisa se dibujó en tus labios al pensar que a nadie se le ocurriría —ni siquiera a un Extraño— bus- arte entre aquel montón de escombros.

¿Cómo habían de imaginar que todo un capitán de la Guardia Imperial pudiera ocultarse allí?

Y tú oías retazos de su conversación.

Era un diálogo hostil.

Las voces del grupo de Extraños sonaban cada vez más cercanas, próximas a tu escondite.

Decían:

—Distribuíos en orden disperso. Avanzad en abanico.

—Buscad palmo a palmo. ¡Hay que encontrar a ese miserable! ¡Es el canalla que apresó a Boiat!

Parecía que una docena de Extraños ocupaban la zona y se movían meticulosos y concienzudos.

Sobre tu cabeza se extendía una sábana de cielo casi gris, con tonos plateados. La luz difusa de las dos luías incidía sobre los que te estaban buscando que parecían cadáveres andantes.

Un par de piernas se inmovilizó delante del montón de escombros y tú contuviste la respiración.

Aplastándote contra el suelo, vigilabas aquellas piernas, presto a saltar si se acercaba demasiado.

Tú querías hablar con los Extraños, pero no como n prisionero que está condenado a muerte de antemano, sino como un hombre que espera convertirse en aliado.

«No puedo dejar que me atrapen —pensaste angustiado—. Las cosas no serían igual y ellos creerían que les estaba mintiendo para

salvarme.»

Esta idea te hizo suplicar a todos los dioses del Cosmos que te ayudaran a permanecer oculto.

Que no me descubra... que pase de largo... ¡Ayudadme, dioses! ¡No sólo por mí sino, sobre todo por Cosmodea!

Apenas habías formulado ese deseo, cuando oíste una voz que sonó tranquilizadora en tus oídos.

—Hemos buscado bien, Glyff —dijo alguien—. Debe haber ido en otra dirección.

—No hay nadie por aquí —aseguró otra voz.

Un hondo suspiro llenó tus pulmones y apretaste los labios, convencido ya de que se la habías jugado a los Extraños. Pero en el mismo momento en que pensabas eso, aquel a quien habían llamado Glyff se movió hacia donde tú estabas, tropezó con un receptáculo de Oxydon-7HF. Resbaló y cayó hacia delante.

Glyff extendió los brazos para parar el golpe y con ese gesto movió los escombros.

Y te vio.

✲ ✲ ✲

Durante unas décimas de segundo, los dos os mirasteis cara a cara. Sin decir palabra.

El fue el primero en reaccionar.

Glyff se puso en pie de un brinco y comenzó a gritar:

—¡Está aquí! ¡Ya lo tenemos!

Tú te levantaste también, pero no hiciste nada para escapar. Al contrario. Abriste los brazos para indicar que no pensabas utilizar el arma que llevabas al cinto.

—He venido en vuestra búsqueda, —dijiste.

Glyff rió sarcástico.

—Lo sabemos, Giorg. Preguntaste por nosotros y una mujerzuela te dijo dónde podías encontrar uno de los refugios. Y hace un momento hablaste con una patrulla.

La sonrisa que se dibujó en tus labios irritó a tu interlocutor que gritó exasperado:

—¡No te rías, Giorg! ¡Ha llegado tu fin!

—Puede que sí —dijiste muy tranquilo—, pero con eso cometeríais un tremendo error.

La mirada de asombro que te dirigió Glyff te permitió añadir

unas palabras más.

—Tú mismo acabas de admitir que pregunté por vosotros, que me encontré con una patrulla del usurpador, pero reconocerás conmigo que no he venido con ningún soldado.

Hiciste un gesto amplio en derredor mientras agregabas:

—Compruébalo tú mismo. He venido solo.

Glyff frunció el entrecejo. Era evidente que tu actitud no era la que había esperado y que algo de ésta se le escapaba.

—¿Qué pretendes?

Comprendiste que pisabas ya terreno firme.

—Sé que muchos de vosotros escapasteis a la masacre de la última batalla y a la ocupación de Rution-3...

—¡Boiat no escapó! ¡Tú se lo entregaste a Thriakai para que lo matase!

A su grito respondiste con un encogimiento de hombros.

—Yo era sólo un oficial que cumplía órdenes y me limité a eso. Lo que el usurpador hiciera después era cuenta suya.

—¡Excusas! —aulló Glyff—. ¡Esas son las que decís siempre los ejecutores cuando caéis en nuestras manos!

Volviste a encogerte de hombros como si no dieras ninguna importancia a lo que él decía.

—Piensa lo que te venga en gana, pero llévame a presencia de tu jefe supremo, ante el sucesor de Boiat.

—¿Para que sea entregado también por ti a ese maldito Thriakai?

—No digas tonterías —respondiste ya exasperado—. ¿Cómo voy a capturar a nadie si estoy solo y desarmado?

Glyff te miró receloso, pero se avino a aceptar lo que estabas diciendo. Era cierto que estabas solo, que sus hombres te habían desarmado y que no habías intentado huir.

—¿Para qué quieres ver a Wallagg?

—¡Ah! —exclamaste sonriente—. El es vuestro jefe... ¡Debí suponerlo!

Glyff se mordió el labio inferior, furioso consigo mismo por haberte facilitado aquella información. Pero al momento reaccionó gritándote iracundo:

—De nada te servirá saber quién es el sucesor de Boiat. No vivirás lo suficiente para delatarle.

—Eso deja que sea él quien lo decida —sonreíste—. Llévame a su presencia cuanto antes. Lo que he de decirle no puede esperar y por tu culpa estamos perdiendo un tiempo precioso.

Viste que Glyff dudaba aún.

—Si crees que puedo tener un arma oculta, que ha pasado desapercibida a tus hombres, ordena que me desnuden. No me importa que me vea sin ropa ninguna. como un gusano.

Esto debió hacerle gracia a Glyff. Soltó una careada estruendosa y luego dijo:

—Acepto tu ofrecimiento, Giorg. Comparecerás ante Wallagg como lo que eres ¡Como un gusano!

Y, sin dejar de reír, ordenó a los otros Extraños que te despojaran del uniforme. Pero, no contento con esto, mandó que se registrara todo tu cuerpo, la cicatriz del vientre y el interior del ano. Sólo entonces se dio por satisfecho.

—Bien, ahora ya sé que no escondes nada —dijo cuando se terminó el puntilloso registro de tu persona—. Te llevaré yo mismo a presencia de Wallagg. Agitó ante tu rostro el arma que había estado empuñando todo el tiempo y te amenazó:

—Quedas advertido de que al menor gesto sospechoso te desintegraré. ¿Está claro, Giorg?

—Muy claro.

Desnudo como un gusano, fuiste obligado a avanzar entre los escombros en dirección al refugio en donde los Extraños habían establecido su Cuartel General.

A partir de ese momento, tu destino entraba en la fase decisiva. O lograbas tu propósito y te convertías en el aliado de Wallagg y los Extraños, o fracasabas y ese caso tu final no sería otro que una ejecución sumaria.

CAPITULO V

Alzando su rostro sombrío, enmarcado por una barba espesa de color leonado, Wallagg te dirigió una mirada penetrante con la que parecía querer sondear t cerebro y descubrir el más oculto de tus pensamientos.

Siempre desnudo, permaneciste erguido ante él, teniendo el peso de aquella mirada inquisitiva.

Wallagg dejó escapar un gruñido.

—¿Por qué tienes que ser tú, precisamente tú, quien me venga con esa música de pretendida alianza?

—Porque sólo yo soy capaz de hacerlo.

—¿Te das cuenta de que hace meses andamos buscándote para echarte el guante y ejecutarte como ejemplo para todos los que sirven al tirano?

Asentiste con un gesto de cabeza.

—¿Comprendes que no me puedo fiar de ti? —insistió él.

Volviste a asentir sin decir palabra.

—¿Por qué, pues, tendría que prestarte ayuda?

—Por una razón muy sencilla —dijiste al fin—, porque nuestros intereses son ahora comunes. Vuestro enemigo de siempre ha sido Thriakai. Como Adalid di Kosmon él quiso destruiros…

—¡Y casi lo logró! —atajó agresivo Wallagg.

—Muchos de nosotros, los oficiales de la Guardia y élite de Kosmon, ignorábamos cuanto se refiere a vosotros. Y estoy convencido de que a Cosmodea le suceda lo mismo.

—Eso no cambia mucho las cosas.

—Yo creo, al contrario, que las cambia totalmente. Al oír aquella respuesta, Wallagg te dirigió una mirada escrutadora y se acarició, pensativo, la leonada barba. Luego te invitó a seguir

exponiendo tus ideas, plan.

—La prueba de que cuanto digo es verdad la tienes que Cosmodea está presa.

—Continúa, Giorg.

—Thriakai ambicionaba su trono y, para conseguirlo, no retrocedió ante nada. Ahora pienso que él fue responsable de que muriese el emperador Konikoz, el padre de Cosmodea, para así convertirse en imprescindible para ésta.

—No estás muy equivocado —admitió Wallagg—. Eso mismo pensaba Boiat, y también que Thriakai elimino traicioneramente al único amigo que los Extraños liamos en la corte imperial, el Consejero Ullers.

—¡Exacto! —dijiste convencido ya de que tenías la partida casi ganada—. Y piensa en lo que sucedió después de la desaparición de Ullers. El Adalid concentró odio en los khilios y no cejó hasta someterlos, macando a los más belicosos y sumiendo a los otros en más completa abyección.

—Sí... y luego se volvió contra nosotros. —Naturalmente. Los Extraños, con Boiat a la cabeza, le molestabais en el camino hacia el trono de Kosmon. Por eso desencadenó la guerra que concluyó con victoria.

Wallagg alzó la diestra, cortando el discurso que estabas dirigiendo.

—Estoy de acuerdo en casi todo lo que dices, Giorg. Pero hay algo en ti que no está suficientemente clan Al menos no para ninguno de nosotros.

Le miraste interrogativo y Wallagg añadió:

—Tú participaste en la guerra desde el principio d la campaña. Igual que tu hermano Higor; pero, a pesar de que éste salió de la Akademos unas semanas antes que tú, no ascendió. Tú sí y fue por méritos guerra.

—Cierto...

—Después de eso, se te concedió el mando de un de las expediciones que fueron enviadas a ocupar Rution-3, y fuiste tú, precisamente tú, quien apresó a nuestro jefe Boiat.

Los ojos inquisitivos de Wallagg se clavaron en le tuyos, como sondeando tu cerebro.

—¿Por qué lo entregaste entonces a Thriakai si d verdad

pensabas de la manera que acabas de decir

—Entonces no creía lo mismo que ahora.

Wallagg seguía observándote, sin apartar, la mirada de tu rostro, que tratabas de mantener impertérrito.

—¿A qué se debe entonces este cambio? — inquirió—. ¿Cuál es la razón que te mueve ahora a traicionar a tu Adalid?

Sostuviste sin pestañear la mirada del jefe de los Extraños y respondiste con voz firme, lentamente, claridad.

—Por encima del Adalid está Cosmodea. A ella es quien debo lealtad y fidelidad absolutas.

—¿De verdad lo crees así?

—Si no lo creyera, no estaría aquí.

Ambos continuabais mirándoos a los ojos, sin que pestañara ninguno de los dos, y añadiste:

—Al terminar anteayer mi servicio fui al antro de Zorgo a correrme una juerga. Cuando regresé a mi cuartel, ya de madrugada, me enteré de que Thriakai había dado un golpe de mano, usurpando el trono y encerrando a Cosmodea en una mazmorra.

—Es extraño que no estuvieras acuartelado...

Te encogiste de hombros al responder.

—La orden de acuartelamiento se dio cuando yo hala terminado mi servicio y estaba en camino del antro e Zorgo. Por eso me enteré del golpe de mano de Thriakai sólo al regreso al cuartel.

—Una extraña coincidencia...

—Llámalo como quieras, pero es la verdad.

—Conforme, Giorg. ¿Qué más?

—Al enterarme de lo ocurrido, comprendí que no debía permanecer de brazos cruzados, que era preciso hacer algo.

—Sigue, Giorg. Esto se pone más interesante. ¿Qué pensaste que podías hacer? Dímelo. Te escucho.

Te mordiste el labio inferior, dándote cuenta de que Wallagg se burlaba de ti, pero, pensando en cuanto le necesitabas, pasaste aquello por algo.

—Entonces no sabía qué era lo que yo, un simple capitán de la Guardia Imperial, podía intentar contra el poderosos Thriakai.

—¿Y ahora sí lo sabes? —inquirió Wallagg con tono ligeramente burlón—. ¡No me digas!

Respondiste con un gesto afirmativo de cabeza.

—Lo sé y por eso decidí venir en vuestra búsqueda, para decíroslo, para contar con vuestra ayuda.

El recelo volvió a aparecer en los ojos de Wallagg.

—¿No estarás tratando de tendernos una trampa para conseguir otro ascenso en tu carrera?

—¿Cómo habría de hacerlo si he reservado para mil la parte más difícil y peligrosa del plan que he| concebido?

—Eso puede ser sólo un ardid, muy inteligente, pero un ardid para ganarte nuestra confianza.

—Tal vez pudiera serlo si no me jugase la vida en ello.

Estudia el plan que he pensado —insististe— y tú mismo verás que apenas si tengo posibilidades de salir con vida.

Wallagg volvió a acariciarse la leonada barba sin dejar de observarte, mientras con un gesto te invitaba a que continuases hablando.

—No me importa morir —afirmaste— si a cambio de ello logro que Cosmodea vuelva a ser libre y recobre el trono.

—Muy generoso por tu parte...

El jefe de los Extraños hizo una breve pausa, preguntándote a continuación:

—¿Qué esperas conseguir cuando todo termine? ¿Cuál será tu recompensa?

—Ya te he dicho qué deseo y también que creo que no escaparé con vida. ¿Qué más puedo decirte?

Wallagg siguió acariciándose la barba.

—Piénsalo bien, Giorg. Una vez triunfásemos, tú serías uno de los salvadores de Kosmon. Eso llevaría implícita la muerte de Thriakai, lo que significaría que el puesto de Adalid estaría vacante. Tú serías la persona más idónea para ocuparlo. ¿No crees que Cosmodea te agradecería tus esfuerzos elevándote a dicho grado?

Moviste la cabeza negativamente.

—Ella no tiene por qué saber cuál habrá sitio mi papel en todo esto.

—¿Quieres ser un héroe anónimo?

—Llámalo así si te parece, pero insisto en que yo soy quien menos importa. Los Extraños figuraréis como sus liberadores. Siendo así, confío en que Cosmodea os devolverá cuanto os

pertenece y Thriakai as arrebató. Y espero también que vosotros, por vuestra parte, resolveréis la situación de los khilios, reparando en nombre de la emperatriz las injusticias que se han cometido con esa pobre gente. Y así mismo espero también que no permitáis que nadie abuse de los pacíficos sheritas.

—Me asombra tanta generosidad por tu parte —indicó Wallagg sin abandonar aún su actitud recelosa—, tu conducta, más que la de un oficial leal, parece la de un cadete enamorado…

Las palabras de Wallagg causaron mella en ti y, sin poder evitarlo, enrojeciste hasta la raíz de tus cabellos.

Tal y como él lo había dicho: como un cadete enamorado.

El jefe de los Extraños, que no te quitaba los ojos e encima, captó al instante aquella transformación, descubrió tu rubor y ya no necesitó de más para adivinar cuáles eran tus verdaderas motivaciones.

—Entiendo… —dijo. Y sonrió.

Tragaste saliva pero, haciendo un esfuerzo sobre ti mismo, procuraste mantenerte sereno e impertérrito.

Wallagg fue entonces hacia ti y puso su diestra en tu hombro mientras decía:

—Ahora sí me has convencido, Giorg.

—¿Seremos aliados?

—Lo seremos, capitán.

Un hondo suspiro se escapó de tu pecho.

A pesar de todos los pesares, y contra todo pronóstico, habías logrado tu propósito.

Con la ayuda de Wallagg y de los Extraños la liberación de Cosmodea y la caída del Tirano no eran ya unos imposibles.

Entonces, autorizado por Wallagg para vestir de nuevo tu uniforme de capitán de la Guardia Imperial, pasaste a exponerle el plan que habías concebido.

CAPITULO VI

—En un asunto como éste, morir es mucho más fácil que vivir, pero hay que intentarlo todo para evitar que perezca demasiada gente. Sólo deben caer los imprescindibles.

Las palabras de Wallagg te hicieron sonreír.

Estabas plenamente de acuerdo en lo de que convenía evitar tantas muertes como se pudiera, pero, al mismo tiempo, tenías el convencimiento de que tú te contabas entre aquellos que, imprescindiblemente, tendrían que morir.

Los riesgos inherentes a tu misión eran tales que pensar en salvarte era igual que creer que una nave, proyectada en línea recta contra un sol, estrellándose como un proyectil en su superficie, pudiera salir indemne.

Lo lógico era que una vez se hubiera producido el atentado contra Thriakai, aunque éste muriese al instante, la gente de su escolta personal cayera como lobos hambrientos sobre ti y acabaran contigo antes de nada.

Como siempre habían dicho tus padres, tú eras un perdedor nato y en esta ocasión, precisamente, aquél era el papel que tú mismo habías requerido para ti.

El tuyo, Giorg, era el papel idóneo; el del perdedor.

Porque así convenía a vuestros propósitos, no abandonaste el servicio y continuaste en tu puesto de capitán de la Guardia Imperial, fingiendo que eras uno de los oficiales que habían aceptado la transición.

Esa actitud tuya te valió las censuras de algunos de tus camaradas de armas, incluido tu propio hermano Higor, que no se recataban en manifestarse contrarios al usurpador y en proclamar su lealtad hacia Cosmodea.

Tomaste buena nota de quiénes eran ellos, pero no dejaste de observar también que, luego de ser vigilados de cerca y estrechamente por los seguidores de Thriakai, aquellos desaparecían sin dejar el menor rastro.

«Tengo que mantener la farsa —te dijiste—. Sólo engañando a Thriakai y a los suyos podré ayudar a Cosmodea.»

Por esta razón sólo acudías al refugio secreto de los Extraños cuando estabas libre de servicio, procurando además que nadie te siguiera para que no se pudiera recelar de ti.

Para que tu plan tuviera éxito, era vital que estuvieras en situación de acercarte al tirano en el momento oportuno, y eso sólo podrías conseguirlo si no habías despertado sus sospechas ni las de Linarik, su jefe de policía y el de la escolta personal.

Junto con Wallagg, oculto en el refugio de los Extraños, estuviste desarrollando tu plan, perfilando cuidadosamente hasta el último detalle a fin y efecto de que no se produjera el menor fallo.

Los dos erais extremadamente meticulosos.

Justo lo que se necesitaba para que el atentado que proyectabais contra Thriakai se viera coronado por el éxito.

Respecto a este punto, ambos estabais convencidos de que saldríais airosos y no fracasaríais. Lo que quedaba por dilucidar no era la manera de llegar hasta el usurpador, cosa que era de tu exclusiva incumbencia, sino la forma de escapar después de haber dado el golpe.

Las posibilidades eran, en este sentido, mínimas, por no decir totalmente nulas.

Eso también lo sabíais los dos, Wallagg y tú. Pero, así como te habías resignado a lo que creías inevitable, e1 jefe de los Extraños continuaba dándole vueltas y más vueltas al proyecto tratando de encontrar algo que te permitiese salvar la vida.

Al final te cansaste de que Wallagg descartara un sistema tras otro, porque, según tu entender, se estaba dilatando excesivamente la puesta en marcha del plan.

—Olvídate ya de mí —le pediste—. No soy yo quien importa sino Cosmodea.

—¿Crees que me olvido de ella?

—Eso parece, porque a lo que veo no tienes en cuenta que, mientras siga en poder de Thriakai, se halla en peligro de muerte.

—Estás hablando como un suicida, Giorg. Y eso no me gusta ni pizca.

—Te guste o no, hemos de darnos prisa. Nos estamos retrasando demasiado. ¡Hay que actuar enseguida!

Wallagg hizo un gesto tratando de aplacarte.

—Eres un excelente oficial —te dijo sin recatar su admiración hacia ti—. El mejor y más leal de todos. Por eso no quisiera que Kosmon te perdiese. Cuando hayamos triunfado y tengamos que reconstruir nuestra sociedad, harán falta hombres como tú.

—Más falta hará Cosmodea.

—Sí, de acuerdo —replicó él, contemporizador—, pero debes pensar en algo más.

—¿En qué? —preguntaste sarcástico.

—En los motivos de nuestra lucha. Cualquiera de nosotros está dispuesto a sufrir y a morir, si es preciso, pero es pensando en que otros, los que vengan detrás nuestro podrán vivir mejor y con dignidad, como corresponde a seres humanos. No se trata de salir del paso del mejor modo posible, ni tampoco es cuestión de resignarse a soluciones de compromiso. Quien sólo se resigna no vive, sobrevive y nada más. Y de eso, nosotros los Extraños, hemos adquirido una gran experiencia. Sabemos mucho, desgraciadamente.

Escuchabas sus palabras e incluso aceptabas algunas de sus razones, pero a pesar de ello no diste tu brazo a torcer y continuaste insistiendo.

Al final, Wallagg acabó rindiéndose a la evidencia.

No se podía retrasar más el atentado contra el tirano.

Tu mismo fuiste portador de la noticia que decidió la cuestión zanjando todas, las discusiones.

—Por orden de Thriakai —le comunicaste—, han comenzado ya las deportaciones de los sheritas.

—Pero... esas comunidades son las más pacíficas de todo Kosmon —objetó Wallagg.

—Precisamente —sonreíste con amargura—. Por eso se los llevan, porque saben que no tendrán ningún problema con ellos y no habrán de temer ningún conato de rebelión por su parte.

Wallagg te miró interrogante. Y murmuró:

—¿A dónde los deportan?

—A las orillas del Gran Lago Salado. Trabajarán allí hasta que caigan extenuados o muertos. Las plantaciones de algas pardas necesitan más brazos y los sheritas son la mano de obra ideal. Esclavos pacíficos y baratos. ¿Qué más puede desear Thriakai?

El jefe de los Extraños murmuró algo ininteligible y tú, remachando el clavo, añadiste feroz:

—Si no hacemos algo en favor de esa pobre gente, no sobrevivirá ni un solo sherita.

—Tienes razón, Giorg —convino él—. No podemos esperar más. Tenemos que actuar… ¡ya!

Al oír aquellas palabras, se iluminó tu rostro y, golpeando la mesa con tu puño, exclamaste:

—Entonces pongamos en práctica mi plan. ¡Y caiga quien caiga!

Wallagg se te quedó mirando silencioso. Emitió a continuación un leve gruñido que podía tomarse como una muestra de asentimiento por su parte.

El aceptaba así la nueva situación, provocada por las deportaciones de los sheritas a las plantaciones de algas pardas.

Y tú, al mismo tiempo, acababas de sellar tu destino.

El que te iba como anillo al dedo.

El destino de perdedor nato.

* * *

Tú eres capitán de la Guardia Imperial por méritos de guerra. Eso es cierto.

Indiscutible.

Pero a pesar de tu graduación lo ignorabas todo, o casi todo, sobre ciertas formas de luchar.

Y, precisamente, los Extraños eran maestros en ese arte.

Wallagg se convirtió en tu instructor.

El jefe de los Extraños tuvo que completar tu educación de combatiente, enseñándote muchos de los secretos con los que él y su gente habían podido mantener en continuo jaque a las fuerzas imperiales.

Aun después de haber vencido a los Extraños en la guerra abierta, y de haberles casi aniquilado en Rution-3, las tropas del Adalid Thriakai no se habían alzado con una victoria total y definitiva. La resistencia de los Extraños continuaba.

Contra todo pronóstico. Sin posibilidades.

Pero ellos seguían en pie.

Luchando, muriendo, matando...

Y la prueba de que era así la tenías tú mejor que nadie puesto que estabas allí, en su refugio secreto, con ellos, preparando el atentado contra el tirano.

Wallagg no quiso confiar a nadie, ni siquiera a Glyff, la tarca de enseñarte lo que ellos llamaban Artes de los Antiguos. Y te explicó la razón de que prefiriese utilizar unas armas anacrónicas en vez de las sofisticadas que ahora estaban en uso en todos los planetas del Cosmos.

—Cualquier detector te localizaría antes de que te acercaras a Thriakai en un radio de dos kilómetros. En cambio así no sospecharán nada hasta que sea demasiado tarde.

—Pero... ¿será efectiva la acción?

—Completamente. De eso puedes estar seguro.

Y, con toda la paciencia del mundo, Wallagg te enseñó cómo se montaban las que llamó bombas de distracción, aquellas que provocarían la aparición de cortinas de humo y atraerían en esa dirección la atención de los escoltas de Thriakai.

—Eso proporcionará trabajo a Linarik y su gente

—explicó Wallagg sonriente—. Y mientras se ocupan de establecer un dispositivo de seguridad, pensando que nosotros estamos cerca, tú podrás acercarte tranquilamente al tirano. Además —añadió frunciendo el ceño—, ahí es donde tendrás una posibilidad de fuga.

—¿Donde estén Linarik y los suyos?

—No. En el uso de esas cortinas de humo que te permitirán huir sin ser descubierto. Al menos en los primeros momentos de confusión que se produzcan luego del atentado.

Sonreíste con amargura, convencido de que estaba en un error, pero no quisiste hacer hincapié en ello, optando por dar como buenas sus afirmaciones a fin de que no intentara buscar otra cosas y se demorase más la ejecución del proyecto.

Gracias al jefe de los Extraños, aprendiste también cómo tenías que arreglártelas para preparar y hacer que explosionasen las que él llamó cargas de TNT, con las que confiaba acabar con el usurpador.

—Los antiguos habían dejado de lado el uso de ese explosivo al haber encontrado otros más potentes, pero a nosotros nos será muy

útil, sobre todo teniendo en cuenta su fácil adaptación y lo sencillo de su producción.

—¿Qué tardaremos en disponer de él?

—Apenas nada —rió Wallagg—. Ya di instrucciones a Glyff para que nitrase tolueno con una mezcla de ácidos sulfúrico y nítrico. Después lo comprimirá para que lo puedas transportar con facilidad y te entregaré un cebo de fulminato de mercurio con el que lo harás detonar a una distancia de casi cincuenta metros.

—¿Con cuánto explosivo tendré que cargar?

—Tres kilos de TNT y uno de plástico, y otro kilo de azúcar natural.

—¿Azúcar? —repetiste extrañado.

—Sí, azúcar —confirmó Wallagg— porque es lo que provoca una combustión mayor y más rápida.

El siguió dándote detalles sobre la forma de colocar las cargas y de hacer explosionar las bombas de distracción, que previamente colocarías en la acera rodante por la que debía pasar la comitiva de Thriakai.

—Podríamos intentar un ataque a distancia —rezongó pesaroso —, pero eso redundaría en perjuicio de la efectividad.

Asentiste con un gesto de cabeza y él añadió:

—Para poder acertar de lleno, es preciso que estés lo más cerca posible del sitio por donde pase Thriakai.

—¿Serán suficientes esos cincuenta metros?

—Sí. A esa distancia no podrás equivocarte de blanco y es la mínima a que puedes estar para tener una posibilidad de supervivencia.

Ninguno de los dos volvió a tocar este tema. ¿Para qué hacerlo si no había vuelta de hoja?

Tú estarías a la distancia señalada, cincuenta metros, y si tenías suerte no te alcanzarían los efectos de la explosión. Pero eso no bastaba para ponerte fuera de peligro.

En el mismo momento en que se produjera el atentado, los escoltas se darían cuenta de la añagaza que representaban las cortinas de humo y tardarían escasos minutos en descubrirte.

Linarik y sus hombres se lanzarían tras de ti.

Ellos te aniquilarían sin piedad.

Era su deber.

Tú única posibilidad estribaba, pues, en que consiguieras alcanzar aquellas cortinas de humo que te permitirían pasar desapercibido a sus ojos y a los detectores.

Pero eso era jugárselo todo a una sola carta. Equivalía a correr un tremendo albur.

No lo dijiste en voz alta, pero sí lo pensaste: Esto será igual que tirar una moneda al aire y confiar en ganar… si cae de canto.

Estabas convencido de que, por mucho que te dijera Wallagg, no tenías ninguna posibilidad. Pero estabas decidido y cumplirías con la misión que tú mismo te habías señalado. Eliminarías del mundo de los vivos a Thriakai y, mientras tanto, los Extraños liberarían a Cosmodea de su encierro.

Tú serías el héroe y también el perdedor, porque erías un héroe muerto.

¡Qué razón tenían tus padres al vaticinarte aquel futuro!

CAPITULO VII

Durante los dos días que precedieron a la gran manifestación de lealtad a Thriakai, las patrullas de Linarik, apoyadas por algunas unidades regulares de la Guardia, realizaron continuas batidas en los bidonvilles.

Ellos iban a la caza de cualquier sobreviviente de los extraños, pero buscaban también a sus posibles cómplices, y entre estos incluían a los khilios, a las que acababan de añadirse los pacíficos sheritas, que empezaban a soliviantarse a raíz de las primeras deportaciones al Gran Lago Salado.

Gracias a tu graduación de capitán tú no corrías peligro, pero eso no obstaba para que tomaras tus precauciones.

Habías visto como los hombres de Linarik irrumpían de madrugada en las chabolas de los khilios y que los hombres eran conducidos en reatas hasta los centros de interrogatorio.

Uno cualquiera de ellos podía haberte visto en compañía de un Extraño y denunciarte, bajo la tortura, o sometido a las drogas que obligaban a hablar.

Y en ese caso...

Mejor era no pensar en ello.

De los Extraños no temías nada. Te constaba que tres habían sido apresados por las patrullas de Linarik que ninguno llevaba encima nada que pudiera comprometerte ante los Orejas. Además, tampoco pudieron interrogarles.

Los tres murieron antes.

Por ese lado estabas tranquilo. Te constaba que Wallagg y su gente cumplirían al pie de la letra su parte en el plan.

—También es la más fácil...

Sí, tú te habías reservado lo peor, pero a la vez lo que sería

decisorio. A ellos les correspondería la parte más brillante, la que les convertiría en salvadores de Kosmon, puesto que tras la muerte del tirano nadie se pondría a que Cosmodea volviera a ocupar su trono.

—¡Qué lástima que yo no pueda asistir a su triunfo!

Eso era quizá lo que más te dolía.

Sonreíste con tristeza al imaginar qué se diría de ti cuando todo hubiese terminado. Hablarían del valeroso héroe que se había sacrificado para acabar con la tiranía. Quizás incluso te levantarían un monumento…

Apartaste aquellas ideas de tu cabeza para concentrarte en la que iba a ser la misión de tu vida.

Los Extraños te habían suministrado ya los explosivos y cuanto necesitabas. Y tú, ¡oh, ironía del destino!, lo habías guardado todo en tu cuartel.

Y así, manteniéndote en calma, expectante aguardaste a que llegara el día señalado para la gran manifestación de lealtad a Thriakai, que culminaría con su muerte y la liberación de Cosmodea.

* * *

La noche había transcurrido muy agitada. Las patrullas de Linarik prosiguieron incansables con sus registros y la detención de sospechosos.

Desde la terraza del cuartel de la Guardia, tú veías cómo los Orejas y Escoltas recorrían una y otra vez las aceras rodantes a fin de evitar el atentado que si para ellos era sólo una presunción para ti era una certeza.

Continuaste inmóvil en la terraza viendo cómo las dos lunas se fundían en el cielo al aparecer las luces brillantes del sol.

Había llegado la hora.

Diste media vuelta y pasaste a tu aposento para distribuir los explosivos por tu cuerpo, disimulándolos cuidadosamente bajo el uniforme.

Al terminar, te examinaste de pies a cabeza buscando cualquier posible fallo, pero no había ninguno.

Todo estaba en orden.

En apariencia, aunque llevaras encima de ti aquellas cargas explosivas, nada había variado en tu aspecto.

Quien te conociera íntimamente podía pensar que habías engordado algunos kilos. Pero eso era todo.

—Sólo un registro a fondo me puede descubrir…

Esto era ya un motivo de tranquilidad porque el traslado de los explosivos hasta el lugar previsto era otro de los riesgos —y no precisamente el menor— que tú debías asumir.

Colocaste sobre tu cabeza el casco con la cimera de gala y, con paso firme y decidido, saliste del cuartel de la Guardia Imperial para encaminarte a la acera rodante que debía llevarte hasta tu objetivo.

Una patrulla se cruzó en tu camino, pero su jefe, reconociéndote como el hombre que había capturado Boiat, se hizo a un lado al par que te saludaba militarmente.

Correspondiste el saludo y, sin manifestar ningún interés por lo que ellos pudieran estar haciendo, seguiste en la acera que rodaba lenta pero inexorablemente hacia tu destino.

El sitio que Wallagg y tú habíais elegido era perfecto. Por eso no tuviste que hacer más que salir de la acera rodante y agacharte para dejar debajo de ella la primera de las bombas de distracción. Luego, sin volver todavía a la acera rodante, caminaste paralelamente a ésta durante una veintena de metros, depositando entonces la segunda de las bombas.

Fue entonces, justo al regresar a la acera, cuando tuviste el momento de mayor angustia.

Todo el plan, tan cuidadosamente preparado, estuvo en un tris de venirse abajo.

Una patrulla auxiliar, mandada por tu propio hermano Higor, te dio el alto cuando ibas ya hacia el último objetivo, a colocar el explosivo que había de hacer volar por los aires al tirano.

Quedaste quieto, mirando con fijeza a Higor.

Tú no sabías cuáles eran las ideas de tu hermano respecto a Thriakai y a Cosmodea. Sí te constaba que tenía celos de ti por haber ascendido mucho más aprisa que él.

Ahora iba a tenerte a su merced. Era la ocasión idónea para hundirte y para ascender él al mismo tiempo.

Higor se plantó delante de ti, extrañado por verte solo en aquel lugar, pero más aún porque te había visto entrar en la acera rodante de una manera tan poco habitual.

—¿No estás de servicio, Giorg?

—No. Ya lo ves.

—Es muy extraño. Nos dijeron que hoy habría trabajo para todos.

Sonreíste burlón, como si hubiera dicho algo que no te atañía, pero él, señalando al lugar por donde habías irrumpido en la acera rodante, siguió preguntando:

—¿Qué hacías ahí fuera?

Mientras Higor te formulaba aquella pregunta, tu pensamiento trabajaba a toda velocidad. Endureciste la expresión de tu rostro y, acercándolo a su cara, en un murmullo apenas inteligible, dijiste:

—Escucha bien lo que voy a decirte, Higor. Sobre mi cuerpo, disimuladas bajo el uniforme, llevo unas cargas de explosivo.

—¿Cómo?

—Calla y atiende.

Tu voz sonó baja, silbante y amenazadora.

—Si me descubres o lo comentas con alguien, yo sé que no viviré para contarlo, pero se sabrá. De eso puedes estar seguro. Y alguien, quien sea, en cualquier parte, cuando sea, te matará.

Los ojos de Higor te miraron con expresión de espanto, desorbitados, con evidente incredulidad.

Y tú, sin perder la calma, agregaste:

—Si no me delatas, habrás servido a la mejor de las causas y te garantizo que serás recompensado por ello.

—¿Quién lo hará?

—Cosmodea.

—Está encarcelada.

—Si cumplo mi misión, no lo estará por mucho tiempo.

Higor frunció el entrecejo y pareció sopesar lo que le habías dicho.

Durante unos segundos, viviste como suspendido en e1 aire. Después tu hermano esbozó una sonrisa.

—Creía que tú eras uno de los esclavos de Thriakai. Celebro haberme equivocado. Y, para que lo sepas, la mayoría de los oficiales y hombres de la Guardia, están de parte de Cosmodea.

—¿De verdad?

—Sí, Giorg. No era preciso que me ofrecieras ningún ascenso. Le juré fidelidad y no te traicionaré. Puedes confiar en mí.

Higor retrocedió un paso y te saludó militarmente, diciendo en voz alta:

—A sus órdenes, mi capitán.

Luego, en tono más bajo, añadió:

—Buena suerte, hermano.

Y, volviéndose hacia sus hombres, ordenó:

—Continuemos. Aquí no tenemos nada que hacer.

Respiraste hondo mientras la patrulla se alejaba por la acera rodante, dejándote otra vez solo.

El peligro había pasado.

—Después de esto —murmuraste complacido—, ya sé que nada ni nadie nos hará fracasar. Todo nos saldrá a pedir de boca.

Instintivamente enderezaste el cuerpo, apretaste los labios y miraste hacia el frente con más decisión que nunca. Y, completamente tranquilo, dejaste que la acera rodante continuase acercándote a tu objetivo.

Ya estabas cada vez más próximo.

En ese momento tuviste un pensamiento cariñoso para tu hermano mayor. Higor acababa de demostrarte que, al igual que otros oficiales de la élite de Kosmon, también él rendía culto a la lealtad. Aunque, la verdad fuese dicha, tus motivos diferían bastante de los que, sustentaban los demás.

«Si tuviera forma de comunicar con Wallagg —pensaste— esto que acabo de saber le tranquilizaría y, además, les facilitaría las cosas a los Extraños cuando asalten la fortaleza donde está prisionera Cosmodea.»

Pero era inútil pensar en aquello.

Una de las medidas de seguridad que acordaste con Wallagg era precisamente la de no establecer ningún contacto entre vosotros una vez se pusiera en marcha el plan.

Un sentimiento de añoranza se apoderó de ti al pensar que no volverías a ver a ninguno de tus camaradas, ni a tus padres ni a tu hermano.

—Tampoco volveré a ver jamás a Cosmodea…

Este fue el pensamiento que te turbó más que ningún otro. Tu mirada se perdió en el horizonte, pero no tardaste en reaccionar porque la acera rodante estaba llegando ya a tu último objetivo.

Al lugar elegido para asestar el golpe a Thriakai.

Dejaste a un lado los pensamientos evocadores para volver a la realidad, concentrándote en la tarea que debías realizar.

Otra vez volviste a salir de la acera rodante y, con movimientos precisos, repetidos un sinfín de veces durante el entrenamiento a que te sometiera Wallagg, comenzaste a montar las cargas y a disponer el fulminante y el dispositivo que las accionaría para que el Tirano Thriakai volara por los aires.

* * *

Desde tu puesto de observación, veías perfectamente toda la zona. No tendrías dificultad alguna en identificar a aquella distancia al enemigo. Sin embargo, a pesar de que todo había sido calculado hasta el menor detalle, no lograbas tranquilizarte del todo. En el fondo, temías que algo pudiese fallar en el último instante.

Repasabas mentalmente una y otra vez el plan sin que encontraras ningún margen de error.

Ni Wallagg ni tú habíais dejado nada al azar.

Y sin embargo...

Hacía poco, sin ir más lejos, tu inesperado encuentro con tu hermano Higor estuvo a punto de dar al traste con todo.

Si él no hubiera sido leal a Cosmodea...

Si Higor ambicionara un ascenso por encima de todo...

Si él hubiese tenido miedo...

Tenías que reconocer que eran demasiados los condicionamientos. La disyuntiva se resolvió favorablemente para ti, para todos, pero... ¿y si hubiera sucedido lo contrario?

Un frío sudor perló tu frente y mordiste tu labio inferior notando que el temor atenazaba tu corazón, hacía temblar tu ánimo, flaquear el espíritu...

En ese instante, cuando ya no había posibilidad alguna de volverse atrás, viste aparecer en el horizonte la comitiva del tirano. La acera rodante lo llevaba, con su séquito hacia dónde estabas tú esperando, al acecho.

—¡Al fin! —exclamaste. Y, al mismo tiempo, olvidaste todos tus temores.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

CAPITULO VIII

La primera vez que tus padres te llevaron a las aceras rodantes y viste los transportes, sin deslizador, que se utilizan para ser conducidos por ellas, como no eras más que un niño te echaste a reír y dijiste que te parecían enormes zapatos.

Desde entonces, siempre diste a los transportes de las aceras aquel nombre: zapatos. Y cuando tenías que recurrir a ellos para ser trasladado por una acera rodante, decías que te subías a un zapato. Eso hacía reír a tus camaradas, que encontraban la cosa muy graciosa.

En ese momento, sin embargo, tú no reías ni encontrabas graciosa la idea, porque mientras avizorabas la acera rodante que trasladaba a los pequeños y grandes transportes, los zapatos, como tú les llamabas, viste que varios de ellos eran de un formato especial, con nuevos blindajes.

No habíamos contado con eso... un modelo nuevo de zapato. Y es de imaginar que Thriakai estará en el más seguro, según la fórmula de los Antiguos.

¿Surtirá efecto...? ¿Destrozará esos zapatos nuevos y liquidará a ese maldito Thriakai?

Lo imprevisible acababa de producirse.

Ni Wallagg ni tú, simple capitán de la Guardia, teníais noticia de la existencia de aquel nuevo modelo de transporte. Ignorabais, por tanto, cuáles eran sus características

Ya no sabías si bastaría el explosivo preparado para hacer volar al zapato en que estaría Thriakai. Y lo peor era que no podías hacer nada para rectificar.

¿Nada?...

Te quedaba el recurso de no explosionar las cargas, pero en ese

caso condenarías a muerte a Wallagg y a los Extraños que habían de atacar la fortaleza donde estaba presa Cosmodea.

No conseguirían liberarla.

Esto era lo que más te atormentaba en aquel instante y lo que hizo funcionar tu cerebro con la rapidez de un ordenador.

—Veamos... la comitiva es conducida por la acera rodante a una velocidad de cien kilómetros hora. Un impacto en la conducción tiene que romper la cadena, aunque no haga mella en los zapatos que estén sobre ella... La acera se fragmentará y saltará hecha pedazos, y con estos saldrán despedidos los zapatos... La velocidad de la acera tiene que multiplicarse de resultas de la explosión y la ruptura... Los zapatos se convertirán en proyectiles lanzados a... veamos, por lo menos, mil kilómetros hora... ¡Sí! ¡Eso tendrá que suceder!

Una mueca, vagamente parecida a una sonrisa, se dibujó en tus labios. Y, lleno de euforia, casi llegaste a pitar:

—¡Thriakai no escapará...! Aunque su zapato resista a la explosión no aguantará el impacto que se produzca después de haber sido despedido por los aires y se convierta en un proyectil.

Otra vez estabas tranquilo. Seguro de que ibas a lograr tu propósito. Pero, al mismo tiempo, y dadas las nuevas circunstancias, ya no te quedaba ni la menor duda de que lo que ibas a hacer era un auténtico suicidio.

Bien, fuera lo que fuese, lo harías.

Y, sin ninguna otra vacilación, apoyaste la diestra en el conmutador que había de accionar el dispositivo de disparo.

El tirano estaba poniéndose a tu alcance...

* * *

Los controles electrónicos anunciaron la proximidad de gente ajena a la guarnición de la fortaleza. El capitán Mozah miró a la pantalla y reconoció a uno de los transportes oficiales de la Guardia Imperial. Tranquilizado a ese respecto, volvió la espalda al visor y se encaró con el técnico de transmisiones.

—¿Se nos anunció la llegada del relevo?

—No, capitán.

—Pensé que los que venían, en ese transporte lo serían.

—Y puede que lo sean, mi capitán. No olvide que hoy es el día de la gran manifestación de solidaridad y que todo anda manga por

hombro. Incluso nosotros, a pesar de que no nos correspondía, tuvimos que mandar patrullas de vigilancia a las aceras rodantes.

—Es verdad... No me acordaba. ¿Han vuelto ya?

—Sí, mi capitán. Precisamente el teniente Higor llegó hace muy poco y dijo que pasaría a verle.

—Bien. Entonces notifícale que me dirijo a Control, que se reúna allá conmigo.

El encargado de transmisiones asintió con un gesto de cabeza y se dispuso a obedecer aquella orden.

Preguntándose a qué iría a la fortaleza aquella tropa en un transporte de la Guardia, el capitán Mozah abandonó la cabina para encaminarse al puesto de control.

El teniente Higor se reunió en el camino con su jefe.

—¿Alguna novedad, capitán? —preguntó saludando.

—No, Higor. Aquí todo está tranquilo. ¿Y tú? ¿Encontraste algo raro durante tu patrulla por las aceras?

Higor hizo un gesto negativo.

El no iba a denunciar a su hermano Giorg. Te apreciaba demasiado para eso. Pero, además, y sobre todo, Higor era completamente leal a Cosmodea.

Los dos oficiales siguieron avanzando hasta llegar al puesto de control, al que tenían que ir también quienes venían a la fortaleza. Cuestión de normas.

El transporte oficial de la Guardia Imperial se deslizó fuera de la acera rodante para inmovilizarse delante del lóbrego edificio de la fortaleza.

El capitán Mozah lanzó una exclamación de estupor.

—¡No son soldados de la Guardia!

Higor miró a su vez y también se sorprendió al ver que, del transporte, empezaban a bajar hombres con los uniformes negros de los Escoltas del Tirano.

El teniente miró a su superior con ojos escrutadores.

—¿Cree que Thriakai desconfía de la Guardia y envía a sus hombres de confianza para relevarnos?

Mozah dejó escapar un gruñido de descontento.

—La guarnición de la fortaleza tiene por misión la custodia de los prisioneros... y en una celda está ahora Cosmodea. Tal vez él piense que podemos estar de su parte...

Los dos oficiales siguieron mirándose, fijamente, estudiándose, como si calibraran hasta que punto podían confiar el uno en el otro.

Antes de que Mozah y el teniente hubieran podido hablar de lo que les preocupaba, fueron interrumpidos por la llegada del hombre que, vestía el uniforme de los Escoltas, con la escarapela de capitán, y que llevaba en la mano un cartucho de órdenes.

Aquellas órdenes estaban falsificadas, naturalmente, pero el trabajo había sido realizado con tanta perfección que su detentador, Wallagg, estaba convencido de que engañaría a los oficiales de la Guardia.

En su papel de jefe de los Escoltas, Wallagg adoptó una actitud altanera y ofreció el cartucho al capitán Mozah.

—Estas son las órdenes que os envía el emperador. Mozah recogió el tubo en silencio, mientras que Wallagg agregaba con tono autoritario:

—Debéis hacer entrega inmediatamente del mando y control de la fortaleza. Juntos verificaremos la situación de todas las personas que se hallan aquí bajo arresto... y espero que todo esté en orden y no falte nadie.

El capitán se mordió el labio inferior mientras oía las altisonantes y agresivas palabras del falso jefe de Escoltas. Higor tenía sus ojos clavados en él, aguardando una orden.

Mozah se encaró con el del uniforme negro.

—No falta nadie. Esté tranquilo, capitán.

—Así lo espero por el bien de todos.

Luego, volviéndose hacia su gente, que permanecía alineada a los tres pasos reglamentarios, añadió:

—¡Teniente Glyff!

—A la orden, capitán.

—Ocúpese de reemplazar con nuestra gente a los soldados de la Guardia. Ese oficial —y Wallagg señaló al teniente Higor— le acompañará en el relevo.

Higor miró una vez más a su capitán, pidiéndole casi con los ojos que le mandase desobedecer. Pero Mozah era demasiado disciplinado para ello. En vez de oponerse como lo esperaba tu hermano, hizo un gesto de asentimiento. Si, Giorg, tu hermano quería enfrentarse a los Escoltas, pero su capitán no le autorizó y, a regañadientes, se dirigió hacia la salida del puesto de control,

seguido ya por el falso teniente Glyff y el grupo de Extraños que vestían los uniformes de los Escoltas del Usurpador.

Pero, en ese preciso instante, se oyó la primera de las explosiones.

Todos cuantos se hallaban en el puesto de control quedaron quietos, inmovilizados por la sorpresa.

Y, por uno u otro motivo, todos palidecieron.

Wallagg y los Extraños disfrazados de Escoltas porque comprendieron que su plan de rescate podía venirse abajo.

Tu hermano Higor porque temió que los hombres de confianza del Tirano pretendiesen ejecutar a Cosmodea.

Entonces se oyó la segunda explosión.

Esta fue como un detonante que puso en conmoción a quienes estaban en el puesto de control.

Higor pensó con rapidez de vértigo.

«Esto es cosa de mi hermano Giorg... Le vi cerca del sitio donde había de detenerse la comitiva del tirano para asistir a la gran manifestación de solidaridad... Giorg se habrá sacrificado por él pueblo de Kosmon. Pero estos Escoltas tratarán de asesinar a Cosmodea... ¡Yo no puedo ser menos que mi hermano!»

Tu hermano reaccionó empujando al falso teniente Glyff y le gritó a Mozah:

—¡Capitán! ¡Esta gentuza viene a matar a Cosmodea! ¡Hemos de impedirlo!

Mozah reaccionó a su vez, pero lo hizo con demasiada lentitud. Antes de que hubiera desenfundado su desintegrador ya estaba siendo encañonado por el que empuñaba Wallagg.

—¡Quietos! —ordenó el jefe de los falsos Escoltas—, ¡Que nadie se mueva o lo desintegro!

Higor le increpó cegado por la rabia.

—¡Sois unos malditos asesinos! ¡Pero antes de llegar a la reina Cosmodea tendréis que pasar por encima de nuestros cadáveres!

Ante la sorpresa de los dos oficiales de la Guardia, el falso capitán de Escoltas soltó una carcajada.

Higor y el capitán Mozah le miraron estupefactos.

Y, cuando se hubo serenado, Wallagg les explicó:

—Me alegro mucho de haberos oído, amigos. Ni mis hombres ni yo somos lo que parecemos.

Bajando el desintegrador para que no siguiera apuntando a los dos oficiales de la Guardia, agregó:

—Me llamo Wallagg y soy el sucesor de Boiat.

—¡El jefe de los Extraños!

—Exactamente, y si estamos aquí no es para eliminar a la reina Cosmodea sino para liberarla.

Higor tragó saliva y, señalando al exterior, preguntó:

—¿Y esas explosiones?

—Uno de vuestros camaradas, el capitán Giorg, es el causante y espero que con los explosivos que ha hecho estallar haya eliminado del mundo de los vivos al Tirano.

—¡Giorg! ¡Mi hermano!

Wallagg se quedó mirando al teniente.

—¿Eres tú el llamado Higor?

—Sí.

—Entonces ya sé que podemos confiar en ti.

—Y también con toda la guarnición de la fortaleza —añadió Mozah, que había tomado ya partido definitivamente.

—Lo celebro, amigos —sonrió Wallagg—. Y ahora, si no tenéis inconveniente, ¿queréis llevarme a presencia de nuestra soberana para manifestarle nuestra lealtad y asegurarle que se ha iniciado ya la lucha para reponerla en su trono?

—¡De mil amores! —exclamó tu hermano.

Higor se puso al frente de la comitiva que se encaminó sin pérdida de tiempo a la celda donde se hallaba recluida la reina Cosmodea.

CAPITULO IX

El ruido que producía el cortejo del tirano fue en aumento a medida que se acercaba a la zona elegida por ti para dar el golpe. Estiraste el cuello para ver mejor y descubrir cual era el zapato de Thriakai.

No querías cometer ningún error.

Si habías de morir, al menos que no fuese en vano.

¡No debías equivocarte!

¡No podías fallar!

Tu mano apoyada en el dispositivo de disparo estaba crispada, pero no temblaba.

El momento había llegado.

¡Al fin!

Moviste la mano y accionaste el disparador.

El tiempo pareció detenerse repentinamente para ti. Fue como si aquel instante se hiciera eterno.

En el primer momento no sucedió nada y llegaste a temer que la fórmula de los antiguos ya no sirviera. Pero eso duró sólo unas décimas de segundo. Luego, tus tímpanos fueron lacerados por una horrísona explosión. Creíste escuchar gritos de dolor y alaridos de muerte. Después se produjo el segundo estallido, seco, formidable y buena parte de la acera rodante saltó por los aires envuelta en una nube de polvo, de cascotes y de trozos retorcidos de metal que se hicieron candentes en el aire.

Una sola nube, pero dos explosiones.

El griterío que se alzó en la destrozada acera rodante constituyó un clamor que pregonaba tu hazaña. Quejidos y ayes de heridos, estertores de moribundos, voces de amenaza...

La suerte estuvo contigo porque no te alcanzó la onda expansiva

de las explosiones. Te palpaste el cuerpo incrédulo. ¿Era posible que no te hubiese rozado siquiera alguno de aquellos trozos de metralla candente?

Al instante, echaste el cuerpo hacia atrás, comprendiendo que estabas perdiendo un tiempo precioso.

Era preciso escapar de allí cuanto antes.

Los de abajo, los Escoltas de Thriakai, no podían tardar en lanzarse en busca del causante del atentado a su jefe.

Echaste a correr en dirección contraria a la acera rodante. Tenías que llegar cuanto antes al anchuroso río por el que podrías llegar hasta el mar.

Corriste como un loco, como si el ansia de seguir viviendo pusiera alas en tus pies.

Mientras huías, oíste ya los gritos de quienes, habiéndote descubierto, se lanzaban en pos de ti.

De pronto, tus pies encontraron la tierra húmeda de la orilla. Chapoteaste en el agua del río sin dejar de correr para zambullirte y desaparecer a la vista de tus enemigos.

Tu pensamiento recogió las sensaciones de tu cuerpo. El agua estaba más que fría, era gélida...

No tuviste más remedio que remontarte a la superficie para llenar de aire tus pulmones y bracear para no sucumbir al frío. Pero esto te sirvió para echar una ojeada atrás y ver qué hacían los Escoltas de Thriakai.

Ellos se habían desplegado y examinaban el terreno cuidadosa y meticulosamente.

«Si continúan así —pensaste— no tardarán en encontrar mis huellas y descubrirán donde estoy.»

Este pensamiento dio nuevo vigor a tu ya cansado y helado cuerpo. Volviste a sumergirte en el agua y nadaste bajo la superficie en dirección a la otra orilla. Tu esperanza estaba allá, en el otro lado del río, donde pensabas que los Escoltas de Thriakai no podrían descubrirte, donde estarías a salvo.

Trabajosamente saliste del agua, aterido y temblando de frío, que no de miedo. Pero los dientes te castañeteaban. Hacían un ruido que te parecía que debía oírse desde la acera rodante.

Sin embargo, aquélla era una impresión tuya.

Los Escoltas no te oían y tampoco habían dado aún con tus

huellas, por lo que no bajaron hasta la orilla en busca tuya.

Tus pupilas vagaron en torno tuyo, con extravío, buscando un sitio donde esconderte...

«Si pudiese encender un buen fuego y entrar en calor..., si tuviera forma de cambiar de ropa... todo sería distinto.»

Pero aquellos deseos tuyos eran imposible, utópicos. Por lo menos así lo pensaste antes de descubrir la cueva.

Era minúscula.

La gruta parecía un nicho abierto entre las rocas de la orilla, y el agua entraba en ella. Esto la hacía poco acogedora para alguien como tú que estaba helado hasta los huesos, pero al mismo tiempo resultaba una garantía.

A nadie se le ocurriría buscarte allí.

Llegaste a la cueva a gatas, arrastrándote como una serpiente, y te deslizaste en su interior igual que si fueras un caracol que hubiese encontrado su concha.

Sumido en la oscuridad de la gruta, te enroscaste y apretaste brazos y piernas para tratar así de darte calor.

Si puedo quedarme aquí hasta la noche, es posible que logre escapar de los Escoltas. Lo más fácil es que, después de buscarme durante horas, al no encontrarme, establezcan cordones de vigilancia a lo largo de la acera rodante y dispongan patrullas y controles en los accesos a la ciudad. Lo que menos pensarán es que yo piense dirigirme a donde está Cosmodea.

Sonreíste ante esa idea.

Podrías ver a tu amada, a tu reina, que ya debería haber sido liberada por Wallagg y los Extraños.

Aquella sonrisa se hizo más amplia y te recreaste en el pensamiento de verte ante tu diosa cósmica.

Un pensamiento muy grato, exultante, que produjo en ti un grato y relajante sopor, y que te llevó de una realidad atemorizante al sueño en que tenía cabida toda tu ilusión.

* * *

Encerrada en la amplia habitación que le servía de prisión, Cosmodea dejaba pasar el tiempo, insensible a cuanto la rodeaba, convencida de que su fin era cuestión de tiempo. Ella ignoraba cuales eran con exactitud los planes de Thriakai y también desconocía tu existencia. Sí, Giorg, tu diosa no se había fijado

nunca en ti. Para ella fuiste únicamente uno de los varios oficiales de su Guardia que un día tuvo el honor de estar cerca de su trono.

Desde entonces creía que había transcurrido una eternidad. ¡Si al menos pudiera dejar de pensar...! ¡Si le fuera posible borrar los recuerdos de su esplendoroso pasado!

Esas eran las ideas que atormentaban a Cosmodea mientras tú, Giorg, te disponías a arriesgar la vida, para acabar con su verdugo, y otros hombres, al mando de Wallagg, iban a exponerse por salvaría y poner fin a su cautiverio.

Pero Cosmodea ignoraba cuán cerca estaba el momento de su liberación. De haber sabido que tú existías, tal vez hubiera acariciado una esperanza. Pero no te conocía...

El curso de los pensamientos de Cosmodea fue interrumpido por el fragor de las explosiones.

Escuchó con atención, anhelante, esperando no sabía aún el qué, pero esperando...

De pronto oyó el suave rumor de la puerta de su celda al deslizarse. Se giró rápidamente sospechando que había llegado el final para ella.

En el vano de la puerta vio varias figuras uniformadas y sus labios se curvaron en una mueca al reconocer los negros uniformes de los Escoltas de Thriakai.

El capitán Mozah y el teniente Higor se adelantaron a los otros para hincar una rodilla en tierra y proclamar a un tiempo su lealtad y fidelidad a la reina de Kosmon.

Cosmodea sonrió con amargura al señalar a Wallagg y a los Extraños que vestían los uniformes negros de los sicarios de su verdugo, del tirano Thriakai.

—¿Decís que sois leales a mi persona y vais a entregarme a mis enemigos?

Antes de que Mozah pudiera sacarla de su error, Wallagg se adelantó y, como los otros dos, hincó también su rodilla en tierra.

—No somos vuestros enemigos, majestad, aunque nos veáis vestidos con estos uniformes. Yo soy Wallagg, el sucesor de Boiat en la jefatura de los Extraños.

Cosmodea le miró sorprendida en tanto que él añadía:

—Y si hemos venido hasta aquí, ha sido con el único propósito de libertaros.

Ella pareció comprender, señalando hacia el exterior, preguntó:

—¿Las explosiones de antes..,?

—Las provocó uno de nuestros más leales oficiales, el capitán Giorg, de la Guardia Imperial. Con ellas habrá puesto fin a la vida del usurpador Thriakai.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—En el éxito de su intentona no puedo tener seguridad, pero, al menos, nos ha permitido llegar hasta aquí para liberaros y que podáis poneros al frente de vuestros leales.

Cosmodea miró a los tres hombres que continuaban ante ella con una rodilla en tierra.

—Levantaos —les dijo—. Los valientes como vosotros no deben arrodillarse, ni siquiera ante mí.

Wallagg y los dos oficiales de la Guardia obedecieran y, cuando ya estuvieron de pie, Cosmodea volvió a preguntar:

—¿Cómo sabréis si Thriakai ha muerto o no en esa intentona del capitán Giorg?

Wallagg no puedo evitar una sonrisa.

—Esa será una noticia que se divulgue a más velocidad que la onda expansiva de una bomba.

—Sí, claro... pero ¿y si el capitán Giorg hubiera fracasado? ¿Y si no ha muerto Thriakai?

Mozah se adelantó a su vez.

—Los oficiales de la guardia lucharemos y moriremos por vos, majestad imperial. Hasta hace poco nos avergonzaba lo mal que os habíamos servido. Ahora trataremos de reparar.

—Y nosotros, los extraños —añadió Wallag—, combatiremos también para devolveros el trono.

Cosmodea se giró hacia él.

—¿Con qué condiciones?

—Condición ninguna... petición, sí.

—Bien, ¿y qué pedís?

—Únicamente os rogamos que devolváis a las gentes de Kosmon aquellos derechos de los que les ha privado el usurpador. El empezó dividiendo a vuestro pueblo, sojuzgando, esclavizando y aniquilando a quienes se oponían a sus planes. Todos nosotros, los extraños, los khilios y los sheritas, hemos sido sus víctimas. Sólo después de eso, él se ha sentido con fuerzas y poder suficientes para

traicionaros y arrebataros el trono.

Cosmodea había fruncido el entrecejo mientras escuchaba las explicaciones del sucesor de Boiat. Luego, cuando éste hubo terminado de hablar, se produjo un largo silencio.

La reina de Kosmon paseó su mirada por los rostros de los allí presentes. En ellos leyó decisión y firmeza. Y les vio expectantes, aguardando cuál sería su decisión.

Cuando Cosmodea rompió el silencio lo hizo con voz grave.

—¿Os dais cuenta de que si os lanzáis a la lucha y fracasáis en el empeño no habrá perdón para nadie que se haya batido por mí?

Wallagg dio un paso al frente y se llevó el puño a su pecho, a la altura del corazón.

—¡Nadie aquí piensa en pedir perdón! ¡Pedimos luchar y morir por vuestra Majestad Imperial si es preciso!

También el teniente Higor avanzó un paso a su vez.

—Mandad y seréis obedecida.

Cosmodea sonrió entonces y avanzó hacia aquellos hombres que le manifestaban tan fervorosamente su lealtad.

—Iniciad la lucha. Llamad a todos aquellos que sean leales a mi persona. ¡Seré digna de la confianza que depositáis en mí!

Luego, recordando tu nombre, porque entonces ya sabía que tú existías, añadió:

—¡Y pidamos a los dioses que el capitán Giorg haya logrado su propósito... y él haya escapado indemne!

Sí, Giorg, tu adorada Cosmodea deseaba no sólo el éxito para tu hazaña sino que rogaba a los dioses que te hubieses librado de morir.

¡Ya no eras un desconocido para Cosmodea!

CAPITULO X

¿Cuánto tiempo dormiste...?

No lo sabías pero estabas convencido de que habían transcurrido varias horas porque ya era de noche, aunque la tierra se veía iluminada por la claridad que expandían las dos lunas.

Aquella luz se insinuaba dentro de tu gruta y, a rastras, fuiste hasta la entrada, para asomar la cabeza y mirar al exterior.

No viste absolutamente a nadie.

Y todo estaba en silencio.

Pero, a pesar de eso, no estabas tranquilo. Además, todavía tenías más frío que antes de meterte en la cueva. Tus empapadas ropas se habían secado pegándosete al cuerpo. Y ahora era éste el que estaba aterido.

«Debe ser el frío lo que me ha despertado —pensaste, sin osar llevarte la contraria a ti mismo, pese a que estacas seguro de que no había sido aquella la causa de tu despertar—. Mi cuerpo necesita calor y para conseguirlo he de salir de aquí.»

Siempre arrastrándote, saliste de la gruta y entonces escuchaste las voces ominosas de los centinelas diseminados por la zona.

No te buscaban, pero estaban allí.

Esos malditos están esperando que yo dé señales de vida. Deben haber encontrado mi rastro y, sabiendo que he cruzado el río, imaginarán la verdad, que me estoy helando y tengo que salir en busca del calor. ¡Los dioses les castiguen con mil muertes!

Pero tú sabías que los dioses no les habían de castigar con ninguna muerte. Más bien serían ellos los que, si te descubrían, acabarían desintegrándote a ti, a menos que quisieran atraparte con vida, y entonces...

Un estremecimiento sacudió tu cuerpo. Y no fue precisamente de

frío, sino de terror.

Aunque fuera por yagas referencias, sabías que los hombres de confianza de Thriakai, aquel condenado Linarik por ejemplo, tenía una mente muy fértil para todo lo que fuera torturar a un prisionero y hacerle hablar.

Tuviste que hacer un esfuerzo sobre ti mismo para sobreponerte a aquella sensación de pánico. Pero no por eso te quedaste quieto. Continuaste avanzando, palmo a palmo, reptando, arrastrándote, atento siempre a las voces que oías y al menor rumor de pasos que llegara hasta ti.

No estabas muy seguro de cuál sería el mejor camino para burlar a los centinelas, que debía haber puesto allí el propio Linarik. ¿Ir en dirección contraria al rio?...

«Eso es lo que ellos deben creer que pienso hacer —te dijiste e, instintivamente, viraste en sentido opuesto—, pero enfrente está el río... el agua... el frío...»

No sabías qué hacer ni a dónde dirigirte. El dilema era grave y, si te equivocabas, resultaría fatal para ti.

Dejaste que el instinto de la propia conservación guiara tus movimientos y éstos te llevaron de nuevo a la orilla del río. Miraste al agua y te estremeciste en un repeluzno. No te sentías con ánimos para zambullirte de nuevo.

«No soportaría otro baño en agua helada... Moriría antes de alcanzar la otra orilla. Además... ¿qué puedo encontrar allá que no haya aquí?»

Mientras te debatías en esas dudas, ellos mismos fueron los que te indicaron cómo podrías escapar.

Uno de los centinelas se acercó a donde estaba uno de sus camaradas y le habló en voz baja, pero no tanto que tú no alcanzases a oír claramente sus palabras.

—¿Te apetecería beneficiarte a una sherita cariñosa?

—Claro —respondió el otro—, pero no me dirás que hay alguna disponible por aquí. ¿O sí?

—Hace un momento vi cómo la atrapaba uno de nuestros compañeros y la entregaba al ayudante de Linarik. Primero creyó que era la culpable del sabotaje, pero después, al ver que no tenía ni idea de lo ocurrido, la dejó tirada entre unos matorrales. Sólo tenemos que ir donde está y aprovecharnos de ella. Después de

pasar por las manos de ese tipejo, no creo que pueda ofrecer resistencia. Por eso te hablé de una sherita cariñosa…

Y el tipo dejó escapar entre dientes una risotada.

—Por mí de acuerdo.

—Entonces, ven. Sígueme sin hacer ruido. .

El invitado hizo un gesto que abarcaba los contornos y rezongó preocupado:

—¿Y la vigilancia?

—¡Bah! Mientras uno se la beneficia el otro estará de guardia. Así no sólo se mantendrá la vigilancia de la zona sino que además pasaremos un buen rato. Yo el primero naturalmente. Tú después. ¿Hace?

El otro miró en torno suyo y acabó por asentir.

—Hace. Ve delante. Te sigo.

Contuviste la respiración al verles pasar a pocos pasos de donde tú te encontrabas. Con ojos atentos vigilaste sus movimientos cerciorándote del camino que seguían. Luego, arrastrándote siempre, te deslizaste detrás de ellos.

Ahora ya tenías una meta, una posibilidad…

Si una mujer sherita andaba por aquellos andurriales sola y a esas horas de la noche, eso sólo podía significar una cosa: cerca de allí tenía que haber un poblado. Y eso equivalía a decir ropas secas, casuchas con techumbre e incluso fuego junto al cual calentar tu cuerpo. Además, si te ibas con aquella mujer y la devolvías a su gente, tal vez ella u otra sherita podría demostrarte su agradecimiento acostándose contigo y proporcionando a tu cuerpo otro calor que te relajarla de la tensión que te dominaba.

Avanzaste detrás de los dos centinelas menos de una docena de metros, deteniéndote cuando ellos lo hicieron a su vez.

Desde dónde estabas, viste cómo el primero de aquellos se agachaba entre los matorrales. Luego oíste el gemido de la mujer sherita y las risas del que veía como su camarada la montaba como si fuera una yegua agotada.

Él que se reía le estaba dando la espalda, y estaba muy entretenido con aquel espectáculo.

No pudo oír el rumor que producías al arrastrarte y llegar junto a él. Tampoco te vio alzarte. Sólo se apercibió de tu presencia cuando le golpeaste con el canto de tus dos manos en ambas sienes.

Soltó un gruñido y se hubiese desplomado como un fardo de no ser porque le recogiste evitando que hiciera el menor ruido. Luego lo dejaste tendido en el suelo y te apoderaste de su desintegrador por si tenías que utilizarlo.

No fue preciso.

El otro centinela estaba refocilándose como un cerdo con la mujer que tenía a su merced, con aquella desgraciada sherita, cuyas heridas la impedían ofrecer la menor resistencia.

Pudiste acercarte sin que él te oyera y le golpeaste del mismo modo mortal que a su camarada.

También le quitaste su desintegrador, así como la capa en la que pudiste arroparte. Luego, viendo que la maltrecha sherita estaba en condiciones de caminar, susurraste:

—Vámonos. Te acompañaré hasta dejarte a salvo en tu poblado. Si continúas sola corres el riesgo de toparte con otros escoltas. Indícame el camino.

Penosamente, la sherita se incorporó y se apoyó en tu brazo, manchándolo de sangre. Entonces viste que el segundo de Linarik se había cebado en ella, hiriéndola con saña atroz.

«Cuando la abandonó entre los matorrales —pensaste— debió suponer que no salvaría la vida. La dio por muerta, o casi.»

Viendo como ella se tambaleaba la sujetaste por la cintura para que no cayera al suelo.

—¡Animo, muchacha! Ya no tienes nada que temer.

Ella te miró con ojos de gacela herida y con evidente agradecimiento. ¡Debía hacer mucho tiempo que aquella desdichada no se veía tratada como un ser humano!

El mismo horror del que acababa de escapar y del que tú la estabas apartando le dio valor pará proseguir la marcha y, con la sherita como guía, pudiste llegar a su poblado.

Nada más entrar, te diste cuenta de que ambos estabais siendo observados subrepticiamente desde las casucas y cabañas. Y era natural que fuese así porque los sheritas estaban a la espera de ser conducidos como reses a las plantaciones del Gran Lago Salado, donde sabían que tendrían que trabajar hasta la muerte.

Ellos veían a una sherita mal herida, conducida por un desconocido que se cubría con una capa y llevaba el casco de los Escoltas. Viéndote pensaron que, para ellos, se acercaba ya el

momento fatal de ser enviados al matadero.

Fue su hermana de raza quien les sacó de su error, llamando al jefe del poblado y explicándole cómo la habías salvado y lo que hiciste por ella.

—Mató a dos Escoltas para sacarme de entre sus garras. Y aunque ahora le veis armado lo hizo sólo con sus manos.

El jefe del poblado te miró con franca admiración. Puso ambas manos en tus hombros diciendo:

—Yo, Akkon, conservador del fuego sagrado y mantenedor de las tradiciones sheritas, te proclamo hermano nuestro de adopción. Y tu valor, demostrado al defender a nuestra hermana, te da derecho a ocupar un puesto en nuestro Consejo de Venerables. ¡Sé bienvenido!

Aceptaste aquel ofrecimiento y, al decirles quién eras y lo que habías intentado, todos te miraron con respeto.

Akkon se apresuró a ofrecerte un lugar en su casa, junto al fuego, y te proporcionó ropas secas dándote además vino caliente del que extrae de las flores machacadas y destiladas.

Luego, mientras reponías tus fuerzas y devolvías el calor a tu cuerpo, sintiendo que la sangre volvía a correr fluida por tus venas, conociste las noticias de lo que había ocurrido, y de lo que se estaba produciendo en aquellos momentos.

Aunque muy antiguo, los sheritas tenían un aparato de video y, gracias a él, supiste a qué atenerte.

—Los dioses han protegido la vida de nuestro Emperador Thriakai —anunciaba el transmisor—. Una feliz premonición le hizo cambiar su puesto por el del noble Linarik, al que le ha correspondido el gran honor de morir en su lugar.

Soltaste una maldición al enterarte de tu fracaso. Pero el transmisor continuaba informando:

—Desgraciadamente, el Emperador resultó alcanzado por unos fragmentos de metal y ha tenido que ser internado en la Mansión de la Salud, donde está siendo atendido con todo celo para salvar una vida que es preciosa para Kosmon. Entretanto, su segundo en el mundo, el general Khalab se ha hecho cargo provisionalmente del poder y ha asegurado no escatimará sus esfuerzos para atrapar y castigar como se merece el autor de tan cobarde atentado.

Aquello era sólo medianamente satisfactorio. Indicaba que aun

cuando muriese Thriakai, ya había alguien —el ambicioso general Khalab— dispuesto a sucederle. Pero antes de que pudiera hacer ninguna consideración a ese respecto, las nuevas informaciones te colmaron de alegría.

—El general Khalab acaba de proclamar la situación de alarma general en todo Kosmon y se ha puesto al frente de las tropas imperiales que permanecen leales para combatir a una nueva insurrección de los salvajes Extraños.

—Esto indica que hay tropas que no están con ellos —murmuraste complacido. Y seguiste escuchando.

—Mandados por el criminal Wallagg, los Extraños están asolando los lugares por donde pasan sus hordas. Y, por extraño que parezca, el capitán Giorg, el mismo que apresó al cabecilla Boiat, se ha convertido en un traidor uniéndose a los rebeldes, los cuales han ocupa do la Fortaleza donde la infame Cosmodea aguardaba el momento de comparecer ante la Justicia Kosmon.

—¡Lo han logrado! —Exclamaste radiante de satisfacción—. ¡Wallagg ha podido salvar a Cosmodea!

Los miembros del Consejo de sheritas estaban, como tú, pendientes de aquellas noticias, que tú tratabas de explicarles para que comprendiesen cuál era su verdadero significado.

—La generosidad del general Khalab —continuaba diciendo el informador— se pone ahora de manifiesto al ofrecer un millón de créditos a quien entregue a los cabecillas de este levantamiento contra el Imperio. Y dos millones a quien capture a la destronada Cosmodea que, al ponerse a la cabeza de los rebeldes, ha demostrado con creces su culpabilidad. Instintivamente frunciste el ceño y giraste el rostro para espiar la reacción de los sheritas que te rodeaban.

Akkon comprendió al instante lo que pensabas y se apresuró a tranquilizarte.

—No temas por tu vida, capitán Giorg. Antes te aceptamos como hermano y ningún sherita es capaz de vender a un hermano. ¡Confía en nosotros!

—Gracias, Akkon, hermano… No os arrepentiréis de haberme acogido entre vosotros. ¡Os lo juro!

Luego, tranquilizado ya respecto a tu futuro entre los Sheritas, continuaste escuchando las últimas noticias y supiste así que la

mayoría de los destacamentos de la Guardia Imperial se habían puesto a las órdenes de Cosmodea, y también que buena parte de los sojuzgados y esclavizados khilios corrían a unirse a Wallagg y los Extraños para recobrar el derecho a ser considerados hombres libres.

Te fallaba saber sólo una cosa: ¿qué harían los sheritas?

Ellos eran los más pacíficos entre los habitantes de Kosmon, por eso mismo habían sido dejados para el final en el plan de Thriakai.

Miraste pensativo a los hombres del Consejo, en cuyos rostros se reflejaba la calma de los temperamentos tranquilos, de quienes tienen vocación de mártires pero que no se muestran decididos a pelear ni siquiera para salvar sus vidas.

¿Se avendrían a participar en una lucha cuando siempre habían hecho culto de la paz y de la no violencia?

Tú eras ahora su hermano y estabas en un poblado sherita. Y tú, indiscutiblemente, no tenías nada de pacífico.

Además, te constaba que, en aquella batalla, todas las fuer/as serían pocas para acabar con la dinastía de los tiranos que si había comenzado en Thriakai se continuaba ahora con el general Khalab.

CAPITULO XI

Con el atardecer creció el miedo entre los Escoltas que se habían encastillado en el reducto del general Khalab. Todos estaban tensos, presintiendo lo inminente de la catástrofe.

Ningún destacamento de la Guardia Imperial seguía combatiendo en sus filas.

Todos los khilios habían empuñado las armas y ocupaban las aceras rodantes, corlando cualquier posibilidad de fuga, de enlace con las guarniciones leales al general.

Habían quedado incomunicados.

Los Escoltas se sabían ahora reducidos a su propia fuerza. Sin posibilidad de recibir refuerzos, ni de ser relevados.

De todos modos, se decían para animarse, eran más de quinientos hombres perfectamente armados. Y contaban con la protección de aquel reducto, construido a prueba de toda clase de desintegradores. Eso, por lo menos, debían agradecérselo a Thriakai, por cuya vida ya nadie apostaría ni un solo crédito.

Y más desde que se supo que un contingente de Extraños estaba atacando la Mansión de la Salud.

Lo que le esperaba a Thriakai era previsible. Correría la misma suerte que ellos y su general Khalab se caía en manos de sus enemigos que ¡tenían tantas cosas que vengar!

Al filo ya del anochecer, aprovechando que sólo una de las dos lunas era visible, un Escolta mal herido consiguió llegar con vida hasta el reducto.

—¿Qué noticias traes? —preguntó el general cuando aquel hombre fue llevado a su presencia.

—Malas... muy malas... Los khilios y un destacamento de la Guardia asaltaron a medio día nuestro cuartel del Gran Lago

Saldado. No ha sobrevivido nadie… excepto yo. Y eso porque tuve la suerte de escapar antes de que se iniciara el asalto definitivo… de no ser por eso ya estaría desintegrado como los demás.

El general Khalab miró con desprecio al fugitivo y, sin prisa desenfundó su desintegrador, apuntando al herido que chilló asustado y suplicante.

—¡No! ¡No, general!… ¡Vine para avisar!

—¡Cobarde! ¡No mereces vivir!

Y Khalab eliminó al único superviviente del cuartel del Gran Lago Salado.

Después, el general se volvió hacia sus oficiales que, impávidos, habían asistido a aquella escena.

—Si es cierto lo que ha dicho ese cobarde, vale más que nos dispongamos a defender caras nuestras vidas… a menos que prefiramos morir desintegrados lentamente.

La elección no era dudosa y los oficiales salieron para organizar los grupos de defensa del reducto, reforzándose todos los puestos de vigilancia, convenciendo a los escoltas de lo inminente del peligro que podía aniquilarles a todos.

—Sólo luchando tenemos posibilidades de sobrevivir.

Y esa idea, la única que podían albergar, fue expandiéndose a lo largo y ancho del reducto en donde los escoltas de Khalab quedaban a la espera de lo que sabían que sería el asalto final.

* * *

—Todo Kosmon lucha ya por recobrar su dignidad, para que sus hijos sean tratados como a seres humanos. ¿Seréis los sheritas menos que los demás?

La pregunta que hiciste a los miembros del Consejo fue acogida con un silencio tan denso que parecía casi palpable.

Miraste con incredulidad a aquellos hombres que parecían dispuestos a no mover ni un dedo para defenderse ellos, ni para ayudar a los combatientes de la libertad.

—¿Tan cobardes sois? —insististe.

Akkon alzó la diestra al encararse contigo.

—Se necesita más valor del que crees, hermano, para que te hiera un enemigo sin que tú le devuelvas el golpe.

—Pero… ¡moriréis!

—Nuestras vidas están desde que nacemos en manos de los

dioses. Ellos deciden quién debe vivir y quién no.

—¡Pero eso es absurdo!

—Así lo mandan nuestras tradiciones, Hermano.

Las palabras de Akkon te indicaban claramente que no podías contar con los sheritas para reforzar las tropas de Wallagg y de Cosmodea.

Sin embargo, tu instinto de luchador te hizo mirar atrás. En la puerta de la casa de Akkon viste a tres jóvenes sheritas. Parecían pendientes de tus palabras y de las de sus jefes.

Comprendiste al fin quién podía estar contigo...

¡Los jóvenes!

—¡Está bien! —exclamaste poniéndote en pie—. Acepto que los tradicionales os resignéis a ser tratados como reses que van sin protestar hasta el matadero, pero... ¿no habrá alguien en vuestro pueblo que quiera empuñar un arma y combatir?

Akkon iba a responder negativamente, cuando desde la puerta, los jóvenes proclamaron su voluntad de lucha.

—¡Nosotros, hermano Giorg!

Los miembros del Consejo se miraron sorprendidos, casi aterrados por lo que consideraban una vulneración de sus más caras tradiciones, pero antes de que ellos pudiesen reaccionar, tú tomaste la palabra y proclamaste:

—Toda tradición tiene un momento para nacer. No sé cuál fue la causa que motivó el pacifismo de los sheritas y quiero pensar que hubo una causa que lo justificara. Pero hasta la más respetable de las tradiciones puede cambiarse para dar lugar a una nueva acción que se convertirá en tradición para las generaciones siguientes.

Giraste el torso para mirar a los jóvenes y gritaste:

—¡Vosotros seréis los forjadores de la nueva tradición! ¡Vamos, jóvenes sheritas! ¡Yo os enseñaré a combatir por el derecho y la libertad, para conseguir que Kosmon sea un lugar donde nadie vuelva a ser esclavizado jamás!

Y, mientras los jóvenes te aclamaban como a su nuevo caudillo, volviste la espalda a Akkon y los miembros del Consejo para ponerte al frente de quienes ardían ya en deseos de combatir.

Cosmodea y Wallagg no lo sabían pero tú estabas creando en aquel instante una nueva fuerza que contribuiría a la victoria final sobre los tiranos de Kosmon.



Ni la lluvia, ni el fuego, ni los rayos detendrían ya el avance de los khilios, conducidos por los oficiales de la Guardia, que con sus alardes de valor pretendían borrar su anterior pasividad ante la reina Cosmodea.

Las tropas leales a la soberana de Kosmon se desplegaron en amplio abanico en tomo a la Mansión de la Salud, donde los Escoltas habían establecido un cordón defensivo para proteger al usurpador Thriakai, cuya vida, de todos modos, estaba amenazada de extinción de resultas de las heridas sufridas durante el atentado.

Ascendido por la propia Cosmodea al rango de capitán, Higor dirigió el ataque contra la Mansión.

—¡Abatid a todos los Escoltas que se os crucen en el camino! —ordenó a su gente—. ¡Ninguno de ellos debe sobrevivir al combate!

Pero luego, refiriéndose al tirano, añadió:

—La única vida que hay que salvar es la de Thriakai. ¡El tiene que ser juzgado por su traición a la reina!

Y, dando la señal de ataque, lanzó a sus hombres contra la Mansión de Salud convertida en reducto por los Escoltas del usurpador.

Lo que siguió fue como una pesadilla.

La mansión no estaba protegida como el reducto del general contra los desintegradores ni los rayos láser. Los muros que resultaban alcanzados se deshacían bajo los impactos, como si se derritiesen a los rayos del sol, o se difuminaran en el aire.

Y a los hombres les sucedía tres cuartos de lo mismo. Sólo que ellos, a diferencia de los materiales, se desintegraban en medio de tremendos dolores que los hacían aullar hasta que sus voces se apagaban faltas de cuerpo que las sustentaran o las emitieran.

Los khilios, convertidos en furias vengativas, avanzaban casi a pecho descubierto, como si no les importara ser alcanzados a su vez por los láseres de los defensores de la Mansión.

Caían y se desintegraban, sí, pero no sin acabar con alguno de sus enemigos ancestrales.

La superioridad numérica de los atacantes hizo el resto, inclinando la balanza en su favor.

Los Escoltas murieron y fueron aniquilados uno tras otro, implacablemente.

Y los que avanzaban no tuvieron demasiadas dificultades para llegar a la estancia donde Thriakai aguardaba la muerte.

Higor avanzó hasta el moribundo. Le bastó echarle una ojeada para comprender que no comparecería ante ningún tribunal.

—Hubiese preferido que su vida durase más… pero veo que mi hermano logró su propósito.

Higor se refería a ti. Pero él te daba por muerto.

Todos creían que no habías sobrevivido al atentado en las aceras rodantes.

Fue preciso que se supiera que los sheritas jóvenes habían empuñado las armas y que sonase el nombre de su adalid para que se supiera que no sólo vivías sino que mandabas un ejército contra los tiranos de Kosmon.

* * *

La primera noticia de que los sheritas habían abandonado su tradicional no violencia la tuvieron los Escoltas del fortín que vigilaba el acceso a la encrucijada de las dos principales aceras rodantes, la que conducía a la capital y la que enlazaba con el Gran Lago Salado.

Los Escollas que estaban en el puesto de avanzadilla vieron aparecer a los jóvenes y, reconociéndoles, les dejaron acercarse sin manifestar ningún temor.

¿Por qué habían de temerles si ellos no eran combatientes?

Tú habías contado con eso, Giorg. Esa era tu arma secreta. Sorprender a los centinelas enemigos y abatirlos antes de que sospecharan lo que se les venía encima.

Marchabas mezclado con los sheritas, empuñando uno de los desintegradores. El otro lo habías confiado al jefe de tus seguidores, aunque lo habías hecho con una condición.

—El enemigo tiene las armas que a vosotros os hacen falta. Nosotros dispararemos los primeros y los demás iréis saltando sobre quienes resulten alcanzados para arrebatarles sus armas. Luego dispararéis contra los que estén más próximos. Así hasta que no quede ninguno de ellos y todas sus armas pasen a nuestro poder.

Y eso fue, precisamente, lo que hicieron los jóvenes sheritas que iban tras de ti.

Cayeron por sorpresa sobre los Escoltas de la avanzadilla aniquilándoles y apropiándose de sus armas.

—¿Veis qué fácil es? —les dijiste sonriente.

Los sheritas no necesitaban de más pruebas para proclamarte su indiscutible adalid. Lo del Consejo había pasado ya a la historia. Para los jóvenes no contaba ni Akkon ni nadie.

¡Tú eras el caudillo de los sheritas! ¡Sólo tú!

Después de ocupar el primer puesto, continuaste el avance y más sheritas se unieron a los que te seguían. Pero ahora ya no iban sólo los jóvenes. También acudían los mayores, que de ese modo se despojaban de un lastre de servidumbre que había durado siglos.

Y cayó otro puesto. Y luego otro más. Y otro…

Las acciones que tú dirigías eran rápidas y fulgurantes.

Decisivas.

Tú y tus sheritas contabais con el factor sorpresa.

Todavía no había corrido la noticia de que por tu causa los sheritas actuaban con violencia, peleaban como aguerridos soldados, pero a medida que multiplicasteis los golpes de mano tu nombre volvió a sonar y el hecho no tardó en llegar a los oídos de tu adorada Cosmodea.

—Enviad aviso a Giorg de que espero verle ante mi trono cuanto antes —ordenó al capitán Mozah—. Es mi deseo recompensar al más valiente y leal de mis súbditos.

Aquello era lo que quería Cosmodea.

Recompensarte.

A ti, a aquel de quien tus padres habían dicho que eras un perdedor nato.

¿Qué crees que dirían ahora, Giorg…?

CAPITULO XII

La orden de Cosmodea te llegó cuando habías llegado al frente de tus sheritas ante el reducto del general Khalab.

Mozah te saludaba con el mismo respecto que si fueras su superior en vez de ostentar su misma graduación.

Pero es que él, como Wallagg, como los demás, sabían ya que Cosmodea quería elevarte a un elevado rango.

Señalaste hacia el frente y dijiste a Mozah:

—Antes de ir a palacio debo ocupar el reducto y acabar con Khalab. En tanto que él viva no podrá haber paz en Kosmon.

El capitán Mozah trató de convencerte para que marchases de inmediato.

—La reina mandó que fueras cuanto antes... Ninguno de nosotros puede hacerla esperar.

Sonreíste con algo de tristeza.

—Cuanto antes no significa que deba abandonar la lucha antes de alcanzar la victoria final. Wallagg me espera para caer sobre el reducto los dos al mismo tiempo. Tampoco él puede esperar.

—Pero... Cosmodea...

Respondiste con un gesto de impaciencia.

—¡Vete ya, Mozah! ¡Déjame que cumpla con mi deber hasta el final!

—¿Y qué le diré a la reina cuando me pregunte?

—La verdad. Que antes de rendirle pleitesía he querido asegurarle el trono. Y para ello hay que aniquilar de una vez por todas a los tiranos. Muerto Thriakai sólo nos queda Khalab.

—¿Entonces...?

—Asegúrale que iré cuando le lleve la noticia de que hemos conseguido el triunfo y ocupado el último baluarte del enemigo. Y

ahora déjanos, tenemos que seguir combatiendo.

Mozah pareció dudar, pero vio que la decisión se reflejaba en tus ojos y no se-atrevió a contradecirte.

Se fue y tú te reuniste con Wallagg para disponer lo necesario para el ataque definitivo.

* * *

>

La ocupación del reducto de Khalab fue cuestión de casi hora y media. Noventa minutos de lucha agotadora, cruenta, implacable, en la que todos los contendientes sabíais que allí no se concedería cuartel a nadie, i

Habría vencedores vivos y vencidos muertos.

Nadie pensó en poder salvarle constituyéndose prisionero.

Y menos que nadie el general Khalab.

El pretendido tirano tuvo la valentía de ponerse al frente de su gente, quizá para demostrarles con su ejemplo que allí no iba a escapar nadie con vida.

La primera formación de khilios fue aniquilada en cuestión de minutos, pero ellos abrieron brecha en el reducto y por aquel resquicio avanzó una sección de Extraños.

Tus sheritas lograron abrir otra brecha en el extremo opuesto del reducto, para sorprender así al enemigo entre dos fuegos, para encerrarle en un cerrojo que los aprisionaría hasta aniquilarlo definitivamente.

Una vez establecidas aquellas cabezas de puente, dentro del reducto del general, tu tarea y la de Wallagg fue más fácil.

—¡Adelante! —gritaste a los sheritas—, ¡Tenemos que reunimos con los khilios y los extraños en el centro del reducto!

También Wallagg animó a su gente a continuar el avance, porque también los khilios y los extraños querían tener el honor de acabar con Khalab.

Pero esa gloria te fue reservada a ti.

Khalab supo que eras tú quién mandabas a los sheritas y pensó que no te atreverías a desintegrar a tu general, o quizá creyó que los hombres que tu mandabas, hasta entonces ro violentos, eran menos peligrosos que los Extraños.

Se equivocó en ambas presunciones.

Los sheritas peleaban ya como los más avezados y

experimentados combatientes de Kosmon.

Y tú…

Cuando viste ante ti al general Khalab, le intimaste a que se entregara.

—Thriakai ya ha muerto. Ríndete para ser juzgado.

Khalab respondió con tono agresivo.

—¡Un capitán no le habla así a su general!

—¿General? —respondiste burlón—, ¡Ya no lo eres! ¡Comparecerás como el traidor que eres… o morirás aquí mismo!

—¡Entonces moriré! —aulló Khalab—. ¡Pero te llevaré a ti por delante!

Y apuntó hacia ti con su desintegrador.

Te adelantaste a él y lo eliminaste.

Khalab lanzó un terrible alarido al ser alcanzado por el rayo desintegrador y, en cuestión de segundos, se fue desvaneciendo fundiéndose su cuerpo en el aire, hasta desaparecer por completo.

Con eso acababas de poner fin a la existencia del último de los tiranos de Kosmon.

Ahora ya podías ir a ver a tu venerada Cosmodea.

Podías, pero… tenías miedo.

Tú, el héroe de Kosmon, temías el instante en que te vieras delante del trono de Cosmodea.

Y, en vez de obedecer a su mandato, huiste al Gran Lago Salado, donde se habían afincado algunas comunidades de sheritas, para los cuales tú eras y serás por siempre el adalid indiscutible.

Por eso es que esta grabación te ha sido enviada a tu poblado, para que sepas que Cosmodea no ignora nada de lo que a ti hace referencia.

* * *

La voz dejó de escucharse.

Giorg, el veterano capitán de la Guardia Imperial, el adalid de los sheritas, se quedó mirando la grabación por la que había revivido toda su historia.

¿Toda…?

No. No podía serlo porque faltaba el final.

Un final que adivinó al ver como de una de las casas de los sheritas salía una figura de mujer, tan majestuosa y bella que era inconfundible.

Era la mismísima diosa del Cosmos.

¡Cosmodea!

Al reconocerla, Giorg quedó inmóvil contemplándola igual que si se tratara de una aparición, de una silueta salida de un sueño que no podía hacerse real.

Pero él estaba en un error.

Quien estaba allí, ante él, mirándole sonriente, era Cosmodea en persona. Y de ello no tuvo la menor du da cuando escuchó su voz que le decía:

—¿Por qué has desobedecido mi petición? ¿Por qué no viniste a palacio cuando te mandé llamar?

—¡Perdón, mi reina! —exclamó hincando una rodilla en tierra y bajando la cabeza como si le hiciera daño mirarla a los ojos—. No era mi intención desobedecer un mandato tuyo...

—Pero lo has hecho, Giorg.

—Porque pensé que querías otorgarme alguna recompensa y yo no ambiciono más que servirte, sin esperar nada a cambio.

—Lo sé... y porque lo sé he venido hasta aquí.

Cosmodea le tendió la mano invitándole a levantarse.

—Como has podido comprobar —añadió ella con voz suave—, lo sé todo sobre ti. Nada me ha sido ocultado. Y por eso deseo que regreses conmigo. Necesito tenerte a mi lado... ¡Siempre!

Las palabras de Cosmodea sonaron en los oídos de Giorg como un cántico proveniente de los dioses. Y cuando ella, en un impulso se acercó más a él y acercó sus labios al rostro del héroe, Giorg sintió que le flaqueaban las rodillas, que todo su cuerpo temblaba pero no de miedo.

¡Temblaba de felicidad!

Una felicidad que se elevó al grado máximo cuando Cosmodea le besó en los labios.

—Tú reinarás conmigo en Kosmon...

Y ella volvió a besarle, pero no ya como la diosa del Cosmos, sino como una mujer.

Giorg ya no supo resistirse al amor que le sirviera de acicate, a la pasión que le había convertido en héroe, y mientras él se portaba como un hombre con la diosa que con él quería ser mujer, en el cielo brillaban dos lunas, que anunciaban la llegada de una nueva noche. Aquella en la que se consumaba el amor que les había unido

a los dos, a Gior, el capitán de la Guardia, y a la sin par COSMODEA.

FIN